

26 de Mayo 78

616-29

19618

EL TEATRO CONTEMPORÁNEO.

JUAN GARCÍA,

COMEDIA

EN TRES ACTOS, EN VERSO,

ORIGINAL DE

EUSEBIO BLASCO.

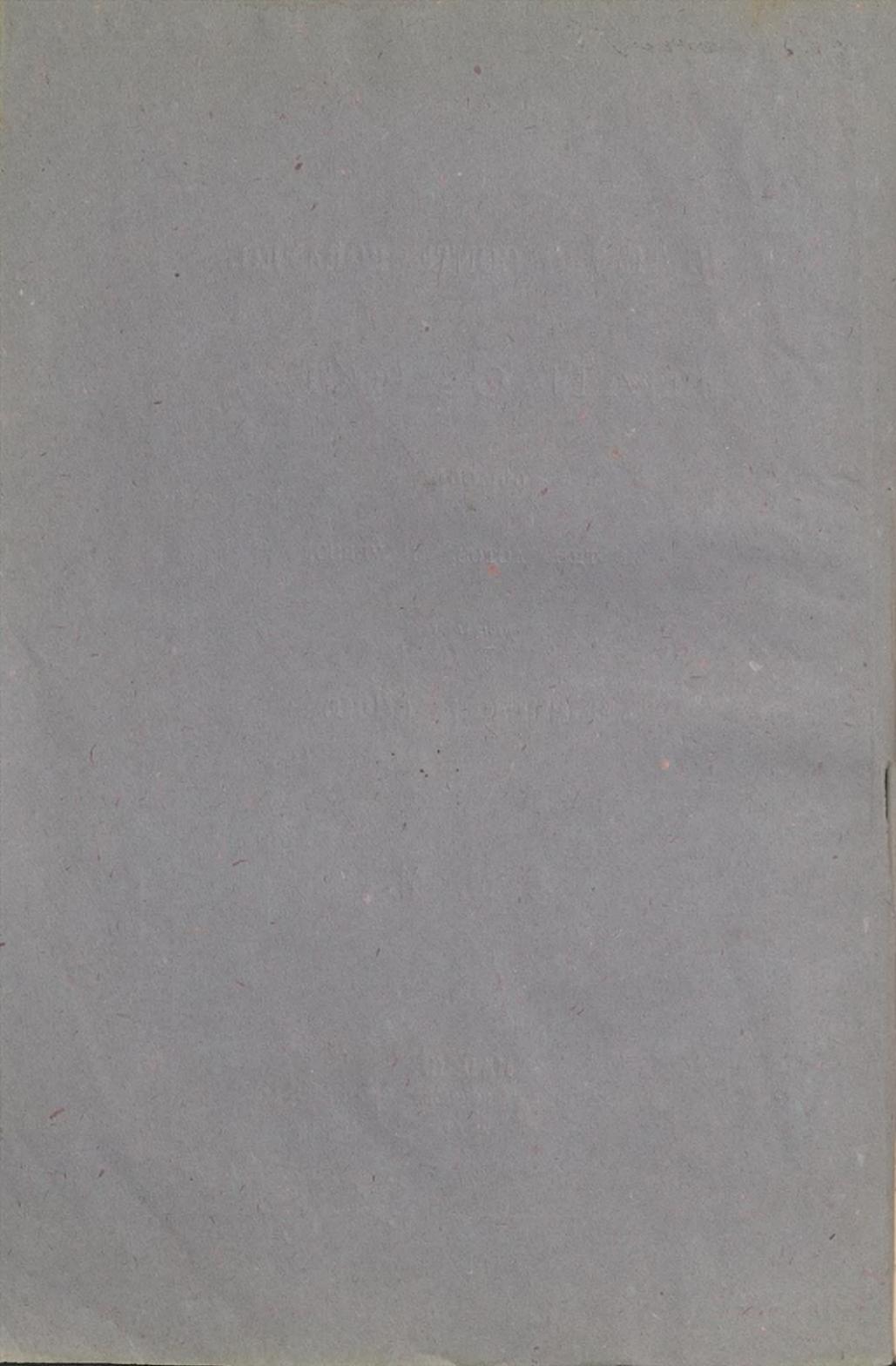
J. M. M.

MADRID

IMPRESA DE JOSÉ RODRÍGUEZ, — CALVARIO, 19.  
1877.

7409

L47 - 7027



JUAN GARCÍA.

*José Rodríguez*

## OBRAS DRAMATICAS DE EUSEBIO BLASCO.

- LA ANTIGUA ESPAÑOLA... Com.<sup>a</sup> en cuatro actos en prosa<sup>a</sup>  
 LA MUJER DE ULISES. (4.<sup>a</sup> ed.) En un acto en verso.  
 LA TERTULIA DE CONFIANZA. En tres actos en verso.  
 EL JÓVEN TELEMACO. (4.<sup>a</sup> ed.) Zarzuela en dos actos en verso.  
 UN JÓVENAUDAZ. (2.<sup>a</sup> edicion.) Juguete en un acto en verso.  
 EL AMOR CONSTIPADO, . . . . En un acto en verso.  
 EL VECINO DE ENFRETE. (Ter-  
 cera edicion.) . . . . . En un acto en verso.  
 LA SUEGRA DEL DIABLO. . . . Zarzuela en tres actos, verso.  
 PABLO Y VIRGINIA. . . . . Zarzuela en dos actos en verso.  
 LOS NOVIOS DE TERUEL. . . . Zarzuela en dos actos en verso.  
 LOS CABALLEROS DE LA TOR-  
 TUGA., . . . . . Zarzuela en tres actos en verso.  
 EL ORO Y EL MORO. . . . . Comedia en un acto, en verso.  
 LOS PROGRESOS DEL AMOR. . . Zarzuela en tres cuadros, verso  
 LA SEÑORA DEL CUARTO BAJO. Pasillo cómico en un acto, verso.  
 EL PAÑUELO BLANCO. (Terce-  
 ra edicion.) . . . . . Comedia en tres actos en prosa.  
 NO LA HAGAS Y NO LA TEMAS.  
 (Segunda edicion.) . . . . . Proverbio en dos actos, prosa.  
 LA MOSCA BLANCA... . . . . Comedia en tres actos, en prosa.  
 LOS DULCES DE LA BODA... . Comedia en tres actos, en prosa.  
 EL MIEDO GUARDA LA VIÑA. . Proverbio en tres actos, prosa.  
 LA RUBIA . . . . . Comedia en un acto, en prosa.  
 EL BAILE DE LA CONDESA. . . Comedia en tres actos en prosa.  
 PASCUALA... . . . . Comedia en tres actos en verso.  
 LA PROCESION POR DENTRO . Comedia en tres actos en prosa.  
 PARIENTES Y TRASTOS VIEJOS . Comedia en tres actos en prosa.  
 LEVANTAR MUERTOS. . . . . Disparate cómico (1) en dos act.  
 EL ANZUELO . . . . . Comedia en tres actos en verso.  
 JUGAR AL ESCONDITE. . . . . Juguete cómico en tres actos,  
 en verso.  
 HABLEMOS CLARO. . . . . Comedia en tres actos, en prosa.  
 LOS NIÑOS Y LOS LOCOS. . . . Proverbio en tres act, en verso.  
 LA ROSA AMARILLA. . . . . Comedia en tres actos en verso.  
 DE PRISA Y CORRIENUEO. . . . Disparate cómico en dos actos,  
 en prosa. (1)  
 JUAN GARCÍA. . . . . Comedia en tres actos en verso.

### LIBROS.

#### OBRAS FESTIVAS EN PROSA.

CUENTOS ALEGRES.

MADRID POR DENTRO Y POR FUERA. (2)

UNA SEÑORA COMPROMETIDA. (Segunda edicion.)

ESTO, LO OTRO Y LO DEMAS ALLÁ.

SOLEDADES. (Poesí. s.)

FLAQUEZAS HUMANAS, cuentos y relaciones.

(1) En colaboracion con D. Miguel Ramos Carrion.

(2) O bra en colaboracion con los principales escritores.

95-6

# JUAN GARCÍA,

**COMEDIA**

**EN TRES ACTOS, EN VERSO,**

ORIGINAL DE

**EUSEBIO BLASCO.**

Representada por primera vez en el Teatro de la COMEDIA el 22 de  
Febrero de 1878.

---

**MADRID.**

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.  
1878.

PERSONAJES.

ACTORES.

DOÑA GERTRUDIS.....	SRA. VALVERDE.
MARÍA.....	MORERA.
JUANA, criada.....	CALMARINO.
DON JUAN.....	SR. MARIO.
DON LÚCAS.....	ZAMACOIS.
SERAFIN.....	ROMEA.
GARCÍA.....	BALLESTEROS.

La propiedad de esta obra pertenece á D. José María Moles, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los países con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los corresponsales de la Galeria dramática titulada *El Teatro Contemporáneo*, que administra D. Eduardo Hidalgo, son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representación en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que exige la ley.

Ref. p. 1.º 1/16. Lib. 29

**AL SEÑOR**

**DON JUAN VALERA,**

en testimonio de sincera amistad,

*El Autor.*

- SER. Trabajo mucho, convengo;  
y por algo fama tengo  
de honrado y trabajador.
- MARIA. No te engrías, no te ensanches,  
vanidoso!
- SER. ¿No? Pregunta  
por Serafin en la *Junta  
de redenciones y enganches.*  
Pregúntalo en todos lados,  
en el Gobierno civil...
- MARIA. Ya.
- SER. Y en el ferro-carril  
del Norte, y en los juzgados,  
y en el Bolsin; si no hay ocio  
para mí! si yo no duermo!  
En fin, no me pongo enfermo...
- MARIA. ¿Por qué?
- SER. Porque no es negocio.  
Soy empleado en Impuestos  
con un sueldo extraoficial,  
pagado del material  
fuera de los presupuestos.  
Copio escritos en la audiencia,  
tengo varias comisiones  
y hago ademas suscripciones  
para *La Correspondencia.*  
Copio en el Teatro Real  
música á peseta el pliego  
y sirvo á don Juan Borrego  
de apoderado especial.  
Cobro nóminas á cientos  
de retirados y ausentes  
y activo los expedientes  
de varios ayuntamientos.  
Tengo en el café de Pombo  
un cajon de fosforero  
á medias con un barbero  
de la plazuela del Biombo.  
Soy desde fines de abril  
administrador gerente  
de dos casas que hay enfrente  
de la calle del Candil.

Llevo parte en un estanco  
calle de las Maldonadas,  
cobro cuentas atrasadas  
y cambio plata en el Banco;  
tengo además comisión  
de turrónes de Alicante  
y soy el representante  
de un almacén de carbón.  
Trabajar tiene su encanto,  
y un hombre exento de vicios  
puede tener más oficios  
que el día de jueves santo!

MARIA. Por eso dice mamá  
que cual yerno le conviene  
y que el amor que me tienes  
aprueba gustosa.

SER. Ah!  
Todo, todo es para tí  
cuanto al matrimonio apronto;  
pero casémonos pronto  
que vivir no puedo así.

MARIA. Mamá en tu bondad espera,  
y al ver cuánto nos queremos  
dice que nos casaremos...

SER. ¿Cuándo?

MARIA. En esta primavera.

SER. Tarde me parece.

MARIA. Ya,  
pero como hay que escribir  
á la Habana...

SER. Sí.

MARIA. Y pedir  
los papeles á papá...

SER. Constantes, firmes y fieles  
y viendo el tiempo correr,  
esperaremos á ver  
si llegan esos papeles.

MARIA. Papá se marchó á la Habana  
de su porvenir en pos,  
dejándonos á las dos.

SER. ¡Qué partida tan serrana!

MARIA. Yo acababa de nacer

é instintivo amor mantengo  
á mi padre, á quien no tengo  
la dicha de conocer.

Espero verle algun dia,  
pero ya es tanto tardar...

SER. Dí, ¿tu padre es militar?

MARIA. Coronel de infantería.

Mi madre se queja de él  
porque no sabe si vive  
ó ha muerto y no nos escribe.

SER. Tal vez no tenga papel.

MARIA. Ó sin duda está en campaña.

SER. Con tal que mande en su dia  
toda esa papelería,

qué falta te hace en España?

MARIA. Corresponder á mi amor.

SER. El mio y el de tu madre...

MARIA. Oh, no! Yo aguardo á mi padre  
cada vez con fé mayor.

Y aunque en lenguaje altanero

mi madre le increpa dura,  
cuanto más ella murmura  
más siento yo que le quiero.

Ella quiere hacerme ver  
sus errores—pero, madre,—

le digo yo, si es mi padre,  
cómo no le he de querer?

Tristes y solas nos vemos  
sin él; su ausencia lloramos,

entrambas le deseamos,  
pero de él nada sabemos.

¿Cómo evitar al no verle  
pena que el alma destroce,

ella porque le conoce  
y yo por no conocerle?

Algun misterio hay aquí  
que no me puedo explicar:

¿cómo se pueden pasar  
ella sin él y él sin mí?

Sólo aminoran el fiero  
pesar de tanto retardo

el afan con que le aguardo

Y el amor con que te quiero.  
SER. Pues yo, el cielo me es testigo,  
sólo saber de él querré  
porque el permiso te dé  
para casarte conmigo.  
Y tengo envidia á Luis Fortis,  
un primo mio italiano  
que se casó este verano...

MARIA.

Cómo?

SER.

*In articulo mortis.*

MARIA.

Y qué es eso?

SER.

Es ceremonia  
muy breve, aunque implica lutos:  
en ménos de diez minutos  
se casó Luis con Antonia.

MARIA.

No entiendo...

SER.

¿Ves tú el precioso  
tiempo perdido buscando  
papeles que retardando  
nuestro consorcio dichoso  
me exigen á un tiempo mismo  
buscar aquí y en Leon  
partidas de defuncion  
y partidas de bautismo,  
sin contar las dilaciones  
que hemos de tener despues  
con lo civil, y otro mes  
para las publicaciones,  
trámites de vicaría  
y gastos y tanto agobio?  
pues mi primo ha sido novio  
y marido en solo un dia.  
Porque cuando dos se quieren  
y con duelo inoportuno  
la muerte amenaza al uno  
y ambos de impaciencia mueren,  
la iglesia que á nadie niega  
santa union cuando es precisa,  
los casa con igual prisa  
conque el moribundo ruega;  
y sin más preparacion

y de la curia á despecho  
viene un cura y junto á un lecho  
da una santa bendicion.  
Por eso yo si perderte  
no temiera, prenda mia,  
juro que hoy desearía  
estar en trance de muerte!  
Jesús!

MARIA.

SER.

Porque me encocora  
tanto tardar; ¡Si supieses  
lo que es esperar seis meses  
para el que ciego te adora!

MARIA.

No es menor mi prisa, no,  
pero aunque con igual pena,  
me resigno.

SER.

Eres tan buena!

Por eso te quiero yo.  
Voy á indagar si el correo  
de Cuba al fin ha llegado  
y aquel amigo esperado  
está en Madrid como creo.  
Á tu médico hace un mes  
le prometió formalmente  
traer noticias prontamente  
de tu padre...

MARIA.

Corre pues.

SER.

Pronto bajará don Lucas.  
¡Qué correos! Desesperan,  
tardan más que si trajeran  
las cartas de las Molucas.

MARIA.

Piensa en que quedo sin calma.  
¿Volverás pronto?

SER.

En seguida.

MARIA.

Adios, vida de mi vida.

SER.

Adios, alma de mi alma.

## ESCENA II.

MARÍA.

Es tan bueno y cariñoso...

Oh, tiene razon mamá!  
mi dicha completa hará  
cuando le llame mi esposo.  
Con él y mi madre á fé  
que ser dichosa confío.  
¿Y mi padre? Ay padre mio,  
cuándo te conoceré?

### ESCENA III.

MARIA, D. LÚCAS.

- LUCAS.    Hola, chiquilla.  
MARIA.                Es usted?  
                          dichosos ojos, don Lúcas.  
LUCAS.    ¿No hay novedad por aquí?  
MARIA.                No.  
LUCAS.                V mamá?  
MARIA.                        Salió á la una  
                          y aún no ha vuelto.  
LUCAS.                        Sola?  
MARIA.                        Sola.  
LUCAS.    Mal hecho, es una locura  
                          abandonarla un instante,  
                          lo he dicho una vez y muchas.  
                          Está mala, está exaltada  
                          constantemente, y su furia  
                          va á parar en cualquier cosa  
                          fatal!
- MARIA.                ¡Ay! Usté me asusta.  
LUCAS.    ¿De qué me sirve ser médico  
                          y amigo de doña Tula,  
                          y vecino de la casa  
                          y hacer diaria tertulia  
                          durante diez y siete años,  
                          si aquí no se me consulta,  
                          ni se hace lo que yo digo  
                          ni se me da oídos nunca?
- MARIA.    Yo no creo que mi madre...  
LUCAS.    Tú eres una testaruda

y no sabes de la misa  
la media.

MARIA. Es que usted se apura...

LUCAS. ¡Soy médico!

MARIA. Hace tan poco...

LUCAS. ¿Oye, chiquita, eso es pulla?

MARIA. Como hasta hace poco tiempo  
no lo era usted...

LUCAS. ¡Pues me gusta!

Médico soy, y muy médico,  
de cuarenta asignaturas  
me examiné cuando había  
enseñanza libre, y ni una  
me reprobaron ¡caramba!  
pues á bien que no fué mucha  
la ganguita que cazamos  
los que con tal coyuntura  
nos graduamos. Yo era sastre  
en la calle de la Ruda,  
y hoy soy médico famoso!

MARIA. Oh, admirable ciencia infusa!

LUCAS. Yo ya sabía latin...

MARIA. Pues para pegar costuras...

LUCAS. Y medida que yo tome...

MARIA. No lo dudo.

LUCAS. Y si lo dudas  
sube á mi cuarto y verás  
de doce á dos la consulta.  
Baldado que viene á casa  
se va bailando á la suya,  
y si no paga lo baldo  
otra vez.

MARIA. ¿Hay tal frescura?

LUCAS. No hay Lázaros que resistan  
á mi voluntad augusta.

Lázaro. *tóllite lapidem!*

como dice la Escritura.

Ya ves que también sé letras  
sagradas.

MARIA. ¡Ya! Eso me gusta.

(Tocándola en el hombro.)

- LUCAS. ¡Jé, jé! ¿Sabes que estás guapa?  
Cuando pienso, criatura,  
que te ví nacer!
- MARIA. El tiempo  
vuela.
- LUCAS. En la calle del Fúcar,  
yo asistí á tu madre.
- MARIA. ¿Usted?  
Sin ser médico...
- LUCAS. ¿Te asusta?  
Quiero decir que me hallaba  
allí cuando la apretura:  
y que fué tu nacimiento  
por cierto...
- MARIA. ¿Extraño? Sin duda  
debió serlo, pues parece  
que nací bajo una luna  
que presidía á sucesos  
extraordinarios.
- LUCAS. Tontunas.  
Por mirarte venturosa,  
María, hiciera locuras.  
Se lo he jurado á tu madre  
y á mí mismo; si me ayuda  
la suerte, he de hacer milagros  
por asegurar la tuya,  
que como un padre te quiero,  
y ya que...
- MARIA. No se interrumpa...
- LUCAS. En fin, de esto no hay que hablar.  
Vamos á otra cosa, escucha.  
Tu madre está grave.
- MARIA. ¿Cómo?
- LUCAS. Tú parece que lo dudas;  
si quieres llama á otro médico;  
tenéremos aquí una junta.  
Está muy gorda; se altera  
constantemente; le apura  
su situación, que es más triste  
de lo que tú te figuras.  
Tiene la idea incesante  
de una pasada aventura,

que no hay para qué decirte,  
cuyo recuerdo la abruma:  
el día menos pensado  
se sofoca ó se disgusta,  
y le da una apoplejía  
que se nos queda difunta.

MARIA. ¡Ay Dios mio! pero vamos...  
si no abrigara mis dudas  
acerca de la sapiencia  
que usted tener se figura,  
le diría, señor mio,  
que es atrocidad mayúscula  
darle á una hija amantísima  
una nueva tan absurda.

LUCAS. ¿Absurda?

MARIA. Si acierta usted  
como con doña Segunda,  
que le curó usted por tisis  
una hidropesía aguda!

LUCAS. ¡Niña!

MARIA. Ó como con el hijo  
pequeño de doña Angustias,  
que estando con fiebre gástrica  
le dió usted horchata de chufas!

LUCAS. No fuí yo.

MARIA. Así acabó el pobre.

MARIA. Si es usted un salta-tumbas!

LUCAS. ¿Qué no me faltes!

MARIA. Mi madre  
es verdad que refunfuña  
y cualquier cosa la irrita,  
porque es irascible y brusca;  
peró de eso á que se muera...

LUCAS. ¿Pues no ha de morirse nunca?

MARIA. ¡Darme este disgusto ahora!

LUCAS. Si yo me tengo la culpa  
por precaver!

GERT. (Dentro.) ¡Agua!

LUCAS. ¡Es ella!

MARIA. ¿Mamá?

LUCAS. Viene hecha una furia.

GERT. ¡Una silla! (Dentro.)

MARIA. Ay Dios, qué es esto?  
GERT. ¡Válgame Dios, qué aventura! (Apareciendo.)

ESCENA VI.

DICHOS, DOÑA GERTRUDIS.

Doña Gertrudis trae en la mano todos los objetos que va nombrando.

GERT. ¡Vengo muerta! Muerta soy!

MARIA. ¿Qué pasa!

LUCAS. (Ap. á María.) (Te lo advertí.  
La dejais sola...)

GERT. Ay de mí!

LUCAS. ¿Pero qué pasa?

GERT. Ya voy.

(La traen una silla, en la cual se sienta. Habla muy fatigada.)

GERT. Pon eso presto en remojo.

(Dándole un envoltorio de papel.)

¡Ay, don Lucas!

LUCAS. ¿Qué hay, Tulita?

GERT. Guarda esos puños, chiquita.

(Dándole unos puños.)

MARIA. ¿Es algun disgusto?

GERT. Y flojo!

LUCAS. ¿Pero qué...

GERT. ¡Hay dias fatales!

¡Qué sorpresa! ¡Yo doy fin!

Aprende á comprar poplin!

(Á María dándole un papel que trae.)

(Á D. Lucas.)

¡Qué disgusto! (Á María.) Cinco reales.

MARIA. Pero mamá...

GERT. Yo no sé  
cómo no me quedé muerta.

María, cierra esa puerta

y vete; yo llamaré.

MARIA. Mas...

GERT. No te enojés; no creas

que te echo; pronto vendrás.  
MARIA. Pero...  
GERT. Todo lo sabrás.  
Un beso. Bendita seas!  
(María se va.)

### ESCENA V.

DOÑA GERTRUDIS, D. LÚCAS.

GERT. Ya estamos solos, vecino.  
LUCAS. Vamos á ver, ¿qué sucede?  
GERT. Usté solamente puede  
darme luz; estoy que trino!  
Á usted le quiero contar  
lo que yo acabo de ver.  
Usted lo podrá entender  
y me podrá aconsejar.  
LUCAS. Vamos á ver.  
GERT. Usted sabe  
mi vida y milagros.  
LUCAS. Sí.  
GERT. Sabe usted cuanto por mí  
pasa.  
LUCAS. Cierto.  
GERT. Aun lo más grave.  
Nuestra amistad no es de ahora.  
LUCAS. Ya es añeja.  
GERT. Usté es sincero.  
Usted es un caballero  
y yo soy una señora.  
Somos pues, gracias á Dios,  
tan amigos hoy cual fuimos  
desde que nos conocimos  
el año cincuenta y dos.  
Yo era entónces inocente,  
jóven, bella y elegante,  
huérfana de un comandante  
que se murió de repente.  
Sabe usted que al espirar  
mi padre me quedé alpiste,

pues no me dejó ni un triste  
cuarto de hora de lugar.  
Sola y sin ningun pariente,  
perdida al bien la esperanza  
y con la buena crianza  
de una persona decente,  
renunciando á los amores  
de hombres que me pretendieron  
y nunca me convencieron  
de sus amantes furores,  
huyendo el conyugal tálamo,  
yo, doña Gertrúdis Céspedes,  
monté una casa de huéspedes  
frente á la calle del Álamo.  
Niña infeliz é inexperta,  
puse en malas condiciones  
papeles en los balcones  
y abrí á la traicion la puerta.  
Pues desde el punto en que abrí,  
por diferentes estilos,  
todos, todos mis pupilos  
se enamoraban de mí.  
Tuve alojado allí un mundo,  
y qué gente, amigo mio!...  
¡hubo mucho señorío  
en aquel cuarto segundo!  
Yo entónces con alma sana  
pese á mi suerte burlona,  
era más que una patrona  
una matrona romana.  
Entre tantos caballeros,  
un Juan García, un truhan,  
guapo mozo y capitán,  
¡ay de mí! de granaderos,  
con amorosa pasion,  
traidoramente pintada,  
ay! me dió una puñalada  
en mitad del corazon.  
Con él empecé el idilio  
de un amoroso desliz;  
en hora muy infeliz  
penetró en mi domicilio.

De su amorosa porfia  
fué mi voluntad esclava,  
casi nunca me pagaba,  
pero en cambio me quería.  
Y yo á fuerza de escuchar  
su bien fingido querer,  
torpe olvidando el deber  
le perdoné el no pagar.  
El fruto de tal pasion  
criminal, de Dios maldita...

LUCAS.

Qué alta está ya Mariquita!

GERT.

Hija de mi corazon!

Mientras él se fué á Sanlúcar  
un verano á buscar potros,  
nos conocimos nosotros  
allá en la calle del Fúcar.

Allí mi niña nació  
sin que su padre la viera,  
y ni una carta siquiera  
en su ausencia me escribió.

Viendo ya que mi inquietud  
burlaba el traidor infiel,  
fuí á Sanlúcar tras él,  
y estaba en Calatayud.

Corrí á buscar al verdugo  
de mi honor tan maltratado,  
y lo habían trasladado  
á la provincia de Lugo.

Muertas ya las esperanzas  
de una coyunda quimérica,  
supe que estaba en América  
y destinado á Matanzas.

Desde entónces hasta ahora  
vivo en constante agonía,  
educando á esta hija mía  
que su triste historia ignora,  
pues creyendo que su madre  
siempre la verdad dirá,  
quince años hace que está  
hablándome de su padre,  
y aunque el corazon me hiere  
su estado y desdicha inmensa,

al ver que en casarse piensa  
con un hombre que la quiere  
no sé cómo realizar  
la ansiada union, porque es obvio  
que ó mi María ó su novio  
de todo se han de enterar.  
Y ántes de contarles nada  
me quitaría la vida;  
por eso estoy aburrida  
y enferma y desesperada,  
y tengo una desazon  
que me consume y me aburre!

LUCAS.

Y eso es todo lo que ocurre?

GERT.

Ya voy. Tiene usted razon.

Iba yo tranquilamente  
por la calle de Gravina,  
cuando al doblar una esquina  
¡paf! me le encuentro de frente.

LUCAS.

¡Á quién!

GERT.

Á mi Juan García.

LUCAS.

¡Jesús!

GERT.

¡El mismo! Está viejo  
y enfermizo: es un reflejo  
de su antigua gallardía.  
Mire usted, verle y echarle  
la mano al cuello al taimado,  
fué ni visto ni escuchado;  
si he debido de matarle!  
Acudió gente, hubo ahullidos,  
voces, hombres que gritaban  
y mujeres que achuchaban  
y carreras y silbidos.  
Y él, blanco como la cera,  
y entre sopapo y revés  
me apartó y me echó á sus piés  
y se escapó á la carrera!  
Yo caí con un desmayo,  
y entre un hombre y una chica  
me entraron en la botica  
de la calle de Pelayo;  
allí me han dado á beber  
un agua color de rosa;

- ¿qué habrá sido?
- LUCAS. Cualquier cosa.
- GERT. Eso ha debido de ser.  
Ya desahogada y en calma...
- LUCAS. ¿Se volvió usted á casa?
- GERT. ¡No!
- LUCAS. ¿No?
- GERT. Pues bonita soy yo  
cuando algo me llega al alma!  
He recorrido las fondas  
y casas donde hay papeles;  
fui á todos los cuarteles,  
fui á las mesas redondas.  
Corrí en constante emocion  
casinos, cafés y peñas,  
dí en todas partes sus señas  
y nadie me dió razon.  
Pero yo que no renuncio  
á buscar mi conveniencia,  
fui á *La Correspondencia*  
y he publicado un anuncio.
- LUCAS. Ay Dios!
- GERT. Ya á nadie sorprenden  
estas citas.
- LUCAS. ¿Y saldrá?
- GERT. Tal vez viéndolo estará;  
ya los muchachos la venden.
- LUCAS. Y dice...
- GERT. (Leyendo.) «Don Juan García,  
»que ha llegado de la Habana,  
»se presentará mañana,  
»calle de Santa María  
»cincuenta y siete, tercero  
»derecha, á las nueve en punto,  
»para hablarle de un asunto  
»y recibir un dinero.»
- LUCAS. ¡Y qué se propone usted?
- GERT. Que venga.
- LUCAS. Se temerá  
que es de usted y no vendrá.
- GERT. Le conozco bien.
- LUCAS. ¿Y qué?

- GERT. Que al cebo de que hay dinero  
en el fondo del aviso  
vendrá.
- LUCAS. Cree usted.
- GERT. Preciso!
- LUCAS. Vamos, pensarlo no quiero.
- GERT. Es interesado!
- LUCAS. Y él  
no debe traer millones.
- GERT. Yo sé por conversaciones  
que ha vuelto de coronel!
- LUCAS. Sin embargo, si recela...  
No vendrá.
- GERT. Vendrá, repito!
- LUCAS. Bien.
- GERT. ¡Vaya! Yo necesito  
ser este mes coronela!
- LUCAS. Luégo piensa usted...
- GERT. En casarlo!  
Que cumpla conmigo.
- LUCAS. Ya!
- GERT. Y, si se negase...
- GERT. ¡Cá!  
Soy yo capaz de matarlo.  
Sabe mi carácter duro,  
ya me conoce.
- LUCAS. Sí, eh?  
Pues si la conoce á usted  
no se casa. De seguro.
- GERT. Sólo falta que usted ahora  
me exalte!
- LUCAS. Señora, yo...
- GERT. No me diga usted que no  
se casará.
- LUCAS. Yo, señora...
- GERT. Usted está en la obligacion  
de ayudarme en mi cuidado.  
Que cuando usted me ha buscado  
me ha encontrado.
- LUCAS. Está en razon.
- GERT. No lo niego.  
Y cuando usted

se hizo médico en la villa  
me puse yo la mantilla  
para servirle.

LUCAS.

Lo sé.

GERT.

Y hablar con el tribunal.

LUCAS.

Pero...

GERT.

Y con la curia entera.

Y con el ministro, que era  
sobrino mio carnal.

Y que en el almuerzo aquel  
cuando entró usted en posesion  
le regalé á usted un baston  
que no pudo usted con él!

LUCAS.

Sí, es muy cierto.

GERT.

Con un puño

que fué de un baston de Riego!

LUCAS.

Pero...

GERT.

Para que usted luego...

LUCAS.

No gruña usted más!

GERT.

No gruño!

Sino que me desespera  
notar que cuando ese vil  
volver pudiera al redil  
y cumplir como debiera,  
usted me anuncia el temor  
de que yo pueda lograr...

LUCAS.

Pero me deja usted hablar  
por los clavos del Señor!

GERT.

Vaya!

LUCAS.

Cuando usted concluya...

GERT.

La ingratitud me traspasa!

Un hombre que entra en mi casa  
como Pedro por la suya!

LUCAS.

Señora!

GERT.

Un hombre á quien dí  
franqueza que á nada iguala!  
Yo hasta cuando estoy mala  
le dejo á usted entrar aquí!

LUCAS.

Señora!!

GERT.

Buf! Descastado!

LUCAS.

Pero, oiga usted, amiga mia!  
¿Quién dice que el tal García  
no vuelve á España casado?

GERT. ¡Qué!  
LUCAS. ¡Claro!  
GERT. Ay Dios! qué he oido!  
LUCAS. No alterarse.  
GERT. Hay tal injuria!  
LUCAS. Gertrudis!  
GERT. Y á mí en mi furia  
no se me había ocurrido!  
¡Casado!!  
LUCAS. Hay que suponerlo  
todo...  
GERT. Doctor! Ay de mí!  
LUCAS. Palidece...  
GERT. Siento aquí  
un dolor...  
LUCAS. Vamos á verlo.  
GERT. ¡Ay! Me ahogo.  
LUCAS. ¡Mariquita!

## ESCENA VI.

DICHOS, MARÍA.

GERT. ¡Usté es un traidor amigo!  
LUCAS. Pero Gertrudis...  
GERT. Le digo  
que usté la vida me quita!  
¡Casado!  
MARIA. Madre!  
GERT. Esto más?  
MARIA. Se queda fria.  
GERT. Tunante!  
Ay! me duele aqui delante.  
LUCAS. ¿El pecho?  
GERT. Y aqui detrás!  
Parece que se me raja  
el corazon... y una nube  
turba mi vista... ya sube.  
¡Ay madre mia!  
MARIA. Ya baja!  
GERT. ¡Cógela!  
LUCAS. ¡Me ahogo!



- LUCAS. Ahora mismo!  
botellas... un sinapismo...  
cogela de ahí.
- SER. Cã chaza.
- MARIA. Ay Dios, se pone muy mala.
- LUCAS. Tú quédate allí con ella. (Á Juana.)  
Tú cierra la puerta aquella. (Á Serafin.)  
Y tú márchate á la sala. (Á María.)
- MARIA. Pero... (Se llevan dentro á Doña Gertrudis.)
- LUCAS. Nada! el lance es serio  
y la gente es un perjuicio,  
y estoy en el ejercicio  
de mi grave ministerio!
- SER. Está grave?
- LUCAS. Está muy mal,  
pero es un estado lógico  
y hay algo climatológico  
y algo... constitucional.  
Vé por el medicamento...
- JUANA. Vamos, yo no estoy segura...
- LUCAS. Llama á un sangrador y á un cura.
- JUANA. Pero señor...
- LUCAS. Al momento!  
Va el mal con gran rapidez  
y puede durar muy poco...  
y yo nunca me equivoco...  
mas que alguna que otra vez.  
(Entra y en seguida vuelve á asomarse á la puerta.)
- JUANA. (Tres veces la ha desahuciado  
este sabio de repente,  
y siempre al dia siguiente  
dice que se ha equivocado.)
- LUCAS. No hagas ruido para entrar  
ni golpes con la puerta!
- JUANA. Pues con dejármela abierta  
no la tengo que cerrar!
- LUCAS. Lo he dicho y no me hacen caso,  
un disgusto en ella es grave.
- JUANA. Ay! se morirá?
- LUCAS. ¿Quién sabe?
- JUANA. Ay! pero tan pronto?
- LUCAS. Acaso.

Trae pronto lo que te digo  
de la botica de Hilario,  
que es el mejor boticario...  
(porque va á medias conmigo.)

### ESCENA VIII.

D. JUAN, con *La Correspondencia* en la mano.  
Su aspecto y maneras dejan comprender que está ébrio,  
si bien no por completo.

¡Jí! jí! jí! Pues no me encuentro  
la puerta de par en par?  
qué pobres deben estar  
los que viven aquí dentro!  
Cuando anda tanto ladron  
atisbando algun descuido,  
dar pretexto á que un bandido  
se cuele aquí de rondon!  
Y esta es por lo que yo infiero  
la casa... Yo bien decia...  
calle de Santa María,  
cincuenta y siete, tercero...  
No estoy engañado, no:  
pues señor, ello dirá:  
algun inquilino habrá  
con el que me entienda yo.  
El caso es raro y extraño:  
¿quién me puede á mí llamar?  
Dinero me quieren dar,  
y en el tomar no hay engaño.  
Con tal que esto me reintegre  
de las pérdidas pasadas...  
en fin, por si van mal dadas  
estoy un poquito alegre.  
Para echarse el alma atrás  
y meterse en un fregado,  
no hay remedio más probado  
que un par de copitas más.  
Me dijo un autor famoso  
que la vida es una broma,  
y segun como se toma

se vive triste ó dichoso.  
Pero estoy faltando aquí  
á mi costumbre jurada  
y á nadie le importa nada  
de lo que me pasa á mí.  
Lo importante es que ya estoy  
como á mí me gusta estar,  
en disposicion de hablar  
al mundo como quien soy,  
con un pico como un loro  
y conservando el cacúmen,  
y valiente, y en resúmen  
entre Pinto y Valdemoro.  
Y ya me va á mí cansando  
ver estas cuatro paredes.

Á ver! (Golpeando en la mesa.)

SER.

¿Quién? (Asomando.)

LUCAS.

Salgan ustedes,

que les están esperando!

### ESCENA IX.

D. JUAN, D. LÚCAS, SERAFIN, luégo JUANA.

SER.

Es usted el médico?

JUAN.

¿Yo?

LUCAS.

Ahí está ya.

JUAN.

¿Quién?

SER.

El cura.

Le ha entrado una calentura  
terrible en cuanto le vió.

JUAN.

¿Á mí?

SER.

Al padre Sebastian.

Han encerrado á María.

JUAN.

Sí, eh? muy señora mia.

LUCAS.

¡Serafin!

SER.

Van! Allá van!

Hasta luego!

LUCAS.

Qué cachaza

de criados! Vamos presto.

JUANA.

Vamos, aquí traigo esto.

JUAN.

¿Y qué es esto?

- JUANA. La mostaza.  
LUCAS. Anda, Juana: sin tardar...  
Tráigase usted las botellas. (Á D. Juan.)  
JUAN. ¿Qué botellas?  
LUCAS. Hombre, aquellas  
que se han puesto á calentar!  
SER. ¿Dónde le hemos de poner  
los sinapismos?  
JUAN. ¿Á mí?  
LUCAS. ¿Pero hombre, qué hace usted ahí?  
JUAN. Pero hombre, qué voy á hacer?  
LUCAS. Con mucha calma lo toma.  
Á bien que no corre prisa.  
JUAN. Jí, jí!  
LUCAS. Lo toma usted á risa?  
JUAN. (¿Me estarán dando una broma?)  
LUCAS. Hombre, usted debe estar loco.  
No es usted el sangrador  
de ahí en frente?  
JUAN. No señor.  
LUCAS. Ah! es un vecino?  
JUAN. Tampoco!  
Sepamos, qué algarabía  
es ésta, voto á mi nombre!  
LUCAS. Pero quién es usted, hombre?  
JUAN. Pero hombre, soy Juan García!  
LUCAS. ¿Juan García! Usted!  
(Dejando caer lo que tiene en la mano aterrado.)  
JUAN. Le asusta  
mi nombre?  
LUCAS. Es usted!  
JUAN. ¿Y qué?  
LUCAS. Que yo...  
JUAN. No le gusta á usted?  
Pues mire usted, á mí me gusta!  
LUCAS. Serafin, haz el favor,  
cuida de ella, voy al punto,  
que he de tratar un asunto  
urgente con el señor.  
(D. Lucas va á cerrar las puertas precipitada  
mente.)

ESCENA X.

D. JUAN, D. LUCAS.

- JUAN. ¿Va usted á cerrar?  
LUCAS. Por supuesto.  
¿Llega usted en hora menguada!  
JUAN. (¡Si será esto una emboscada?  
Dios mio, ¿qué será esto?  
Me huele á paliza, ay, ay,  
si yo lo sé no me espero.)  
LUCAS. Usted ignora, caballero,  
lo que hay?  
JUAN. ¿Y qué es lo que hay?  
LUCAS. ¿Sabe usted en dónde ha entrado?  
JUAN. No señor, pero me pesa.  
LUCAS. Advertirle me interesa  
todo lo que aquí ha pasado.  
Gertrudis... se está muriendo!  
¿Qué se hace en tal caso?  
JUAN. ¿Qué?  
Pues hombre, enterrarla!  
LUCAS. Usted  
sabe lo que está diciendo?  
Yo, su médico y su amigo  
más íntimo, y confidente,  
de su agonía presente,  
de sus pesares testigo;  
sabiendo que á usted le quiere  
y ausente hace años llora,  
¿qué le digo á esa señora  
que en este instante se muere?  
JUAN. ¿Se muere por mí?  
LUCAS. Y así  
lo puedo testificar.  
Y yo... yo no sé engañar.  
JUAN. Conque una mujer... ¡Jí, jí!  
LUCAS. ¿Se ríe!  
JUAN. Es claro, de gusto.  
LUCAS. Se ríe! No tiene alma!

JUAN. Pero hombre, vamos con calma.

LUCAS. Pero hombre, sea usted justo.  
Esperándole vivió,  
piensa usted que no hay amantes  
fieles, firmes y constantes?

JUAN. No le diré á usted que no.

LUCAS. Espere usted aquí un momento,  
los instantes son preciosos,  
y en casos tan angustiosos  
siempre es un remordimiento  
no poner todos los medios  
de lograr...

JUAN. Pero hombre, si...

LUCAS. Su amor de usted será aquí  
el mejor de los remedios.  
Aunque está privada y muda  
responde.

JUAN. (Estoy escamado.)

LUCAS. Y casos de estos se han dado,  
y en estos casos no hay duda.  
Basta que la mano apriete  
para dar el sí de esposa.  
Consultaré. (Se va.)

JUAN. ¿Pero hay cosa  
como esta en ningun sainete?  
Si alguien me pudiera dar  
indicios de lo que pasa...  
este anuncio y esta casa,  
si me querrán embromar?  
Ah!

(Viendo á Juana que entra puerta foro.)

## ESCENA XI.

D. JUAN, JUANA.

JUANA. Con un duro muy pronto  
vamos á salir del paso.

Oye, tú.

JUANA. No haga usted caso.

JUAN. Pero...

JUANA. No sea usted tonto.

Más bobo es el que lo toma  
en sério.

- JUAN. Bien, pero dí...  
JUANA. Este señor es así.  
JUAN. ¡Ah, vamos, es una broma!  
JUANA. Siempre hace las cosas mal.  
JUAN. Dime, dime, ántes que salga...  
JUANA. Yo, valga por lo que valga...  
JUAN. Déjalo, si me es igual!  
JUANA. Buena está su medicina!  
JUAN. Dice que es caso apurado.  
JUANA. Sí, como el año pasado!  
Pamplina, señor, pamplina!  
¡Qué lástima que no diera  
con un pariente templado.  
JUAN. Pues déjala á mi cuidado  
y sea lo que Dios quiera.  
LUCAS. Juana!  
JUANA. Voy, ello no es nada.

## ESCENA XII.

JUAN.

Vamos, son unos guasones  
que quieren sin más razones  
darme una broma pesada!  
Ya lo creo! habrán sabido  
las que en épocas dichasas  
me han dado, y que son famosas  
por lo mucho que han corrido.  
Una vez en Barcelona  
me ataron con el embozo  
y me tiraron á un pozo  
mientras dormía la mona.  
Y unas pascuas en Sevilla  
como á un niño me fajaron  
y luégo me bautizaron  
con vino de Manzanilla.  
¿Y en Cádiz cuando mi union  
con mi difunta adorada  
que me dió una cencerrada  
de noche la guarnicion?

Pues y en Cuba un condenado  
pariente de mi mujer  
que me llegó á hacer creer  
que yo estaba endemoniado,  
y con falsos testimonios  
despues de darme una untura  
él y otro en traje de cura  
me sacaron los demonios?  
¡Jí! ¡jí! Siempre me las dan  
cuando me ven alumbrado,  
pero esta vez no hay cuidado,  
aquí no me la darán.  
Ni el anuncio fermentido  
ni la trama han de servir:  
cómo me voy á reir!  
que lance más divertido!

### ESCENA XIII.

D. JUAN, D. LÚCAS.

LUCAS. Ya está todo.  
JUAN. Ya está todo?..  
LUCAS. Y el cura.  
JUAN. ¡Bien! Qué aventura!  
(¿Quién se habrá fingido cura?)  
LUCAS. ¿Duda usted?  
JUAN. De ningun modo.  
LUCAS. Cumpla usted con su deber.  
JUAN. Ya lo creo, vamos, vamos.  
LUCAS. Ya que se muera logramos  
que al fin sea su mujer  
JUAN. Esta es gorda! Ella me espera?  
LUCAS. Mucho por usted ha sufrido  
pero al fin Dios ha querido...  
JUAN. Pues sea lo que Dios quiera!  
LUCAS. Está privada.  
JUAN. ¡Privada?  
LUCAS. Pero eso no importa.  
JUAN. Á mí...  
JUAN. El acto es válido.  
LUCAS. Sí;

- María queda encerrada.
- JUAN. Hombre, pues suéltela usted.
- LUCAS. Ignora lo que ha pasado  
y que usted no está casado.
- JUAN. Bueno, no se lo diré.
- LUCAS. ¡Quién nos dijera, don Juan,  
que mientras ella llorando  
le estaba á usted esperando  
con tan impaciente afán,  
tornáranse en desconsuelo  
sus esperanzas dichosas!
- JUAN. Calle usted, hombre, si hay cosas  
que le dejan á uno lelo!
- LUCAS. Y ella creía que usted  
se negaría.
- JUAN. Yo? No.
- No sabe usted quien soy yo.
- LUCAS. Un caballero! Lo sé.  
Cásese usted, pues que salva  
su honor con tan santo paso.
- JUAN. Si se empeña usted me caso  
con el lucero del alba!
- LUCAS. Vamos, pues.
- JUAN. Sin dilacion.
- LUCAS. Y hable usted bajo al decir...
- JUAN. Sí, no se vaya á morir...
- LUCAS. Es claro, de la emocion.  
(Ella se encuentra privada  
y él está un poco alumbrado,  
finjo que los he casado  
y no se enteran de nada.)  
¡Vamos!
- JUAN. Andando, compadre.
- LUCAS. (Si esta desdichada espira  
salvo con esta mentira  
á la hija y á la madre.)  
Cójase usted de mi brazo.
- JUAN. Sí señor, voy al momento.
- LUCAS. (Es un golpe de talento.)
- JUAN. (Pues señor, siga el bromazo!)

FIN DEL ACTO PRIMERO.



---

## ACTO SEGUNDO.

---

La misma decoracion.

### ESCENA PRIMERA.

MARÍA sale de su cuarto y va al de la izquierda, de la cual sale al mismo tiempo D. LÚCAS.

MARIA. Don Lucas!

LUCAS. Hola, hija mia.

MARIA. ¿Cómo está?

LUCAS. Bien, no te apures.

MARIA. ¿Bien?

LUCAS. Quiero decir, mejor que anoche.

MARIA. ¿Si?

LUCAS. No lo dudes.

Ya el pulso es más perceptible,  
ya la memoria le acude,  
ya ha dicho algunas palabras  
claras, aunque nada dulces;  
en fin, que vamos ganando,  
gracias á que en ello anduve.  
Créelo: lo que es anoche  
á no ser por mí sucumbe.  
Pero á Dios gracias yo tengo

- la varita de virtudes  
de mi ciencia...
- MARIA. Sin embargo,  
que otro médico...
- LUCAS. Lo supe.  
Supe que en aquel barullo  
que se armó, doña Gertrudis  
mientras yo subí á mi casa  
mandó llamar á Bermudez...
- MARIA. Que es un médico muy bueno.
- LUCAS. No seré yo quien le impugne,  
pero siendo yo el de casa  
no es razón que á otro se busque,  
aquí no me hacen justicia.
- MARIA. Como él en el mes de octubre  
la asistió cuando vivíamos  
en la plaza de Matute...
- LUCAS. ¿Y qué hizo entonces y ahora?  
Suplirme segun costumbre  
y negar lo que yo digo  
para ver si me confunde.  
No, pues como vuelva, espero  
que oiga cosas que le asusten.
- MARIA. No volverá.
- LUCAS. ¿Tú qué sabes?
- MARIA. Me lo ha escrito.
- LUCAS. Vamos, huye.  
Me teme.
- MARIA. ¿Quién, el doctor?  
¿Quién habrá que con él luche?  
De su legítima gloria  
quién puede haber que murmure?  
Podrá ser duro en la forma  
porque su saber le ofusque,  
pero no hay una persona  
que á su limpio nombre insulte.
- LUCAS. Yo sé que anoche aquí ha dicho  
mil científicos embustes,  
que estoy dispuesto á probarle  
como soy Lucas Antunez.  
Bermudez á veces habla...

ESCENA II.

DICHOS, SERAFIN.

- SER. Vengo de ver á Bermudez.  
LUCAS. Hola! ¿Y qué dice?  
SER. Pues dice  
que otra vez no le consulten,  
y que en su carta á Maria  
su afirmacion reproduce.  
LUCAS. Á ver esa carta, niña.  
MARIA. Es muy seca.  
LUCAS. No te apures.  
Yo he de contestarla en seco...  
MARIA. Pues léala usted y juzgue.  
LUCAS. (Lee.) «Señorita, yo no tengo  
»la culpa de que usted busque  
»para curar á su madre  
»sepultureros impunes.»  
¡Lo mato!  
MARIA. Siga usted.  
LUCAS. Sigo.  
«Ayer tarde entre dos luces  
»me llamaron cuando el otro  
»se escurrió segun costumbre.  
»Su madre de usted no tiene  
»nada para que se apure;  
»son ataques momentáneos  
»que nada malo producen,  
»al pronto parecen graves  
»y no lo son, y en resúmen,  
»eso de alarmar al barrio  
»y darla tantos mejurges  
»y llamar al padre cura  
»y hacer que todos se asusten,  
»sólo me prueba que hay muchos  
»médicos de zurriburri,  
»y que en lugar de pagarles  
»merecen que los emplumen.»  
Señores...  
MARIA. Siga usted, siga.

- LUCAS. «Yo, de la vida en la cumbre,  
»con cuarenta años de práctica  
»y harto de que me importunen,  
»declaro bajo mi firma,  
»resulte lo que resulte,  
»que esa víctima inocente  
»de un profesor... transeunte  
»desahuciada ayer domingo,  
»puede levantarse hoy lunes.  
»Y díganle á ese don Lucas  
»de mi parte aunque se atufe,  
»que si no se llama Gomez  
»de apellido, que lo use!»  
Le he de probar á ese sabio  
la falsedad en que incurre;  
tu madre aunque mejorada  
no se levanta hasta octubre!
- GERT. Ven á vestirme, María! (Asomando la cabeza)
- LUCAS. ¡Santo Dios!
- SER. Doña Gertrudis!
- MARIA. ¿Ve usted?
- SER. Y nos dió usted el susto!
- MARIA. Y llamó...
- SER. Yo me hago cruces.
- MARIA. ¡Y confesó!...
- LUCAS. En fin, qué diablos!  
si está mejor, por qué gruñen?  
Me voy á dar de alta al nene  
del portero: ayer sucumbe  
de no haberle yo asistido,  
y hoy ya cual Lázaro surge.  
Juanilla, dame el sombrero.
- JUANA. Voy... Sabe usted lo que ocurre?
- LUCAS. ¿Qué?
- JUANA. Que el hijo del portero  
se ha muerto.
- SER. ¡Señor de Antunez!
- LUCAS. Pero usted ha visto qué enfermos  
tan díscolos! ¡Si esto aburre!
- JUANA. No baje usted.
- LUCAS. No, no bajo.  
Vé tú en cambio á casa, sube,

y di á mi mujer que coma,  
que yo iré allá entre dos luces.  
Ah! el amigo de la Habana,  
ha llegado...

SER.  
LUCAS.

Eh...  
Y ya es inútil,  
porque García... mas tente  
lengua, ó todo lo descubres!

### ESCENA III.

SERAFIN.

Gracias á Dios que nos deja:  
ya podré dar á María  
la noticia que quería  
si lo permite la vieja.  
Hay dias en que el sol es  
más brillante y purpurino;  
ya tengo un nuevo destino  
y otro sueldecito al mes.  
Me han hecho representante  
de cierta empresa naciente,  
que consiste en buscar gente  
que no cobre, y que se aguante:  
y aquí traigo papeletas  
de una rifa, esto es seguro,  
en la que se pone un duro  
y tocan cuatro pesetas.  
Este es un negocio eterno  
que nunca puede fallar,  
y que lo voy á montar  
de acuerdo con el gobierno.  
Ya el alquiler he cobrado  
de las casas que administro,  
y he logrado el suministro  
de carbon para el Senado.  
Y en fin, para que completo  
sea el día, en el Bolsin  
me consideran por fin  
desde hoy, como *zurupeto*.  
Mis esperanzas remotas

ayer, hoy claras se ven;  
si *zurupeteo* bien  
me voy á poner las botas!  
Y esta plausible ambicion  
realizarla solo espero  
con María; que la quiero  
con todo mi corazon!

ESCENA IV.

SERAFIN, MARÍA.

- MARIA. Serafin.  
SER. ¿Cómo está madre?  
MARIA. Está mejor, y animada.  
SER. ¿Sabe algo de la llegada  
del amigo de tu padre?  
Acaba al fin de llegar  
y viene pidiendo albricias,  
pues nos trae cuantas noticias  
pudieramos desear.  
MARIA. Mamá está desconocida:  
tan contenta...  
SER. Cosa extraña.  
MARIA. Ella tan fosca y huraña,  
tan airada y desabrida,  
dice que nada me apure,  
que está en su salud cabal,  
y asegura que no hay mal  
ni bien que cien años dure;  
que ha pasado algo muy grave  
desde ayer noche hasta hoy,  
y yo cuenta no me doy  
de lo que pasa.  
SER. ¿Quién sabe!  
Con tal que el amigo ausente  
traiga el permiso paterno  
y acabe este lapso eterno  
que agobia á un alma impaciente...  
MARIA. Obstáculos raros son  
que me quitan calma y sueño,  
¿por qué este fatal empeño

- de dilatar nuestra union?  
¿Por qué mi padre no vive  
nunca aquí? quién le detiene  
tan lejos? ¿Por qué no viene?  
Si está allí, por qué no escribe?  
Si estar ausente deplora  
¿por qué pasar deja días?  
por qué á estas preguntas mias  
madre no responde y llora?  
SER. Pues! por él no nos casamos.  
MARIA. Justo, y nos tiene en un potro...  
SER. Y en fin, como dijo el otro  
ni se muere, ni cenamos!  
Venga el amigo y que cuente  
lo que pasa y lo que vió.  
MARIA. Mamá! (Viendo á Doña Gertrudis.)  
GERT. No os separeis, no!  
SER. (¡Qué bondad!)  
MARIA. ¡Cómo se siente?  
GERT. Bien; ya á los nervios vencí;  
el alivio es instantáneo,  
fué un ataque momentáneo  
como otros mil que sufrí.  
Y la torpeza bendigo  
de don Lúcas y su error,  
porque es tan zafio doctor  
como cariñoso amigo.  
SER. ¿Pues cómo?  
GERT. Porque hay busilis  
en lo que ayer hizo.  
SER. Ya.  
MARIA. Un poco pálida está...  
GERT. He tragado mucha bilis.  
Pasa algo que Mariquita  
y usted muy pronto sabrán.  
Hoy mismo recibirán  
ustedes una visita.  
SER. (Lo ves? Ese es el señor  
que de tu padre trae nuevas.) (Ap. á María.)  
Ese vestido que llevas  
no está bien; ponte el mejor.  
MARIA. Me pondré de tiros largos,

- que á ese señor quiero verle...
- GERT. Á usted quisiera yo hacerle... (Á Serafin.)
- SER. ¿Qué, señora?
- GERT. Unos encargos.
- Usté es activo.
- SER. ¡Por Dios!
- GERT. Poner mi casa querría lo mismo que la tenía el año cincuenta y dos.
- SER. ¿Cómo?
- GERT. Es preciso...
- MARIA. ¿Qué escucho?
- GERT. Vé á vestirme; ya sabrás...
- MARIA. Hasta luégo. (Vase.)
- GERT. Eso es quizás incomodarle á usted mucho.
- SER. Señora!
- GERT. Hay ciertas memorias que agrada ver renacer, y siempre es grato volver sobre pasadas historias. Aguardo á un ex-capitan que pasó aquí horas dichosas, y recordará mil cosas que en mi casa ya no están. Á él le gustaba una gorra de encaje que yo tenía...
- SER. Una gorra... (Apuntando.)
- GERT. En casa había en su tiempo una cotorra... que cantaba al son del piano siempre que había visita!
- SER. Muy bien; una cotorrita (Apuntando.) que tenga voz de soprano.
- GERT. Tenía, y se me ha extraviado, una petaca; era de él...
- SER. «Una petaca de piel de capitan retirado.»
- GERT. Él me regaló un precioso manguito y se me perdió.
- SER. Bien. (Apuntando.)
- GERT. Y un perro... que rabió!

SER. Muy bien; «un perro rabioso.»

GERT. Y en fin, para terminar,  
tráigame usted y prontito,  
mil cosas que necesito  
y no puedo ir á comprar.  
Hoy estoy muy ocupada,  
y usted que ha de ser mi yerno,  
irá aprendiendo el gobierno  
de una casa bien montada.  
Ahí va dinero; atencion;  
cómprame usted un paraguas,  
percal para unas enaguas  
y una libra de almidon.  
Una lámpara, unos zorros  
y dos llaveros seguros.  
Imponga usted ocho duros  
por mí en la Caja de ahorros.  
Cómprame usted una agenda  
que le costará ocho reales  
que tenga cuentas cabales  
y de modo que se entienda.  
Lléguese al cuarto tercero  
y pídale á la de Huete  
la entrega noventa y siete  
del *Mundo por un bujero*. (1)  
Compre usted todo lo más  
barato, y no gaste en coche.  
Haga usted eso, que á la noche  
le encargaré lo demas.

SER. ¿Lo demas?

GERT. Si eso no tiene  
nada que hacer!

SER. Por supuesto.

GERT. Pero en fin, si le molesto...

SER. Señora... hasta el mes que viene!

---

(1) No es castellana la palabra *bujero*, pero el vulgo la usa, y en boca del personaje que la dice, la oreo disculpable.

ESCENA V.

DOÑA GERTRUDIS.

Bien haya amen el ataque  
que ayer mi razon turbó  
dando á mi amor desdenado  
de su triunfo la ocasion.  
Yo en mi paroxismo nada  
supe de cuanto pasó,  
pero el que ayer no lo era  
ya es mi marido ante Dios.  
Le habrá remordido al pícaro  
la conciencia, ó la razon  
le decide á ser mi esposo  
por las artes del doctor?  
El por qué me importa un bledo,  
el caso es que apechugó,  
que mi hija tiene á su padre  
junto á sí, gracias á Dios,  
y llevará su apellido:  
¡hija de mi corazon!

ESCENA VI.

GERTRUDIS, D. LÚCAS.

LUCAS. ¡Pues señor, nada, se ha muerto!

GERT. ¿Quién?

Uno que asistí yo.

LUCAS. Bien dice el doctor Bermudez  
que es usted la Extremaucion.

GERT. Insúlteme usted ahora  
despues del grande favor...

LUCAS. Como amigo le respeto  
más como médico no.

GERT. Y vamos al grano: ¿adónde  
se ha marchado?

LUCAS. ¿Quién?

- GERT. Mi amor,  
mi marido, mi García,  
mi mitad.
- LUCAS. ¡Si no salió!
- GERT. ¿Está en casa?
- LUCAS. Como anoche  
no le ví en disposicion  
de salir, le ofrecí cama,  
y en efecto, se acostó.
- GERT. ¿Dónde?
- LUCAS. Allí.  
(Señalando á la puerta derecha.)  
Corro á llamarle.
- GERT. Espere usted. (Deteniéndola.)
- LUCAS. ¡Qué emocion!
- GERT. Á estas horas le llamaba  
el año cincuenta y dos,  
y le entraba un chocolate  
con leche y con pan de flor.  
Diga usted, ¡y cómo viene?
- LUCAS. Viene un poquito burlon.
- GERT. Siempre fué jovial y alegre.
- LUCAS. Á nada dice que no.
- GERT. ¿Qué dijo anoche?
- LUCAS. Reirse.
- GERT. Hombre, qué mal corazon!  
Oyendo que me moría...
- LUCAS. Estaba de buen humor,  
alegrillo.
- GERT. Ya lo creo.  
Pero...
- LUCAS. Por lo mismo yo  
aproveché hallarle en punto  
y urdí la boda á traicion.  
Mi boda!
- GERT. (Se lo ha creído.)
- LUCAS. ¿Y es válida?
- GERT. ¡No que no!
- LUCAS. Boda *in articulo mortis!*  
Yo no ví nada.
- GERT. (Mejor.)
- LUCAS. Segun la Iglesia, en los casos

de falta de vista y voz,  
basta el apretar la mano  
para que valga la union.  
El dijo claro; *si quiero*.  
Usté la mano apretó  
y el cura (era yo) dió á ustedes  
al punto la bendicion.  
Juan García se reía,  
usté estaba en su estupor,  
yo saqué al novio á esta sala,  
le dí de cenar, bebió...  
y en seguidita á la cama  
y se acabó la funcion.  
Ahora que proteste.

GERT. Es claro.

LUCAS. Ahora que niegue el traidor...

GERT. Ya Mariquita no tiene  
que ignorar su condicion,  
le diremos que hoy ha vuelto  
su padre á quien esperó  
tanto tiempo, y la casamos...

LUCAS. Gracias á mi intervencion.

GERT. Usted si no fuera médico  
sería un hombre de pró.  
Yo voy á ver á ese hombre  
que tanta guerra me dió.

LUCAS. ¡Oiga usted!

GERT. Pero qué empeño!

LUCAS. (Hay que avisarle.) El amor  
tiene en todas las edades  
el arte de la atraccion.

Despues de ausencia tan larga  
me parece lo mejor  
que se arregle usté un poquito  
para hacer buena impresion.

GERT. Veinte años hace, don Lúcas,  
que no me he puesto una flor  
ni he gastado en un vestido  
un triste real de vellon!  
Pero me pondré en memoria  
de esta victoria de amor,  
un vestido que me hicieron

y que llamó la atención  
cuando la reina Cristina  
abrió el Congreso español.  
Recuerdo que aquella tarde  
me dijeron tanta flor,  
que volví á mi casa gorda  
de pura satisfacción.  
Qué tiempos aquellos, Lúcas!  
qué tiempos, válgame Dios!  
entónces eran galantes  
los españoles, hoy no.  
Si usted me hubiera escuchado  
cuando yo tenía voz  
declamar en las tertulias  
y bailar el rigodon,  
y cantar yo sola entero  
el *Nabucodonosor*!  
Si usted supiera el trabajo  
que á García le costó  
rendir esta fortaleza  
y ganar mi corazón!  
Yo era entre las de mi estado  
sola! *Mi estado era yo*!  
más también tienen las almas  
su desamortización.

LUCAS. ¿Pero va usted á vestirse?  
GERT. Voy al punto, voy veloz.

LUCAS. Estoy loca de contento,  
don Lúcas, esto es amor!  
GERT. Grave enfermedad.

LUCAS. Pues huyo.

No haga mi sino feroz  
que me cure usted la única  
que agrada á mi corazón.  
Voy á ponerme coqueta.  
GERT. Oiga usted.

LUCAS. Oigo.

GERT. El señor

LUCAS. aquel don Íñigo Trúpita  
que de la Habana volvió  
y estaba en Cádiz, me escribe  
por el correo interior.

- Dice que á ver á usted viene  
y á darle cuenta y razon  
de la vida de García  
que al detalle averiguó.
- GERT. Recíbale usted: García  
ya está aquí y no es ocasion  
de saber lo que hoy el mismo  
nos ha de contar mejor.
- LUCAS. Pero si viene el don Iñigo,  
es deber de educacion...
- GERT. Bueno, le recibiremos.  
Llame usted á mi esposo: adios.

### ESCENA VII.

D. LÚCAS, luégo D. JUAN.

- LUCAS. Y ahora llegó la ocasion  
de que García en su juicio  
sepa el grande beneficio  
que le hice con mi invencion,  
y que apechugue con toda  
la farsa que imaginé...  
que luégo yo buscaré  
medio de arreglar la boda.  
Don Juan!
- (Llamando á la puerta derecha.)  
JUAN. (Sale sin reparar en D. Lúcas.)  
¿Cuánto habré dormido?  
Estoy como amodorrado.  
Juanito, ¿qué te ha pasado?  
Juanito, ¿qué te ha ocurrido?  
Señor don Juan!
- LUCAS. Servidor.  
JUAN. Hola! ¿Quién?
- LUCAS. Muy buenos dias.  
JUAN. (Estas aventuras mias...)  
¿Qué tal? ¿Se ha dormido bien?
- LUCAS. Hombre, sí: como yo soy  
JUAN. tal que todo me conviene,  
tomo el tiempo como viene

y adonde me llevan voy.  
A usted le habrá sorprendido  
que á dormir me haya quedado,  
aunque ya habrá sospechado  
que anoche estaba... bebido.  
Pero no le extrañe á usted  
ni me lance su anatema.

LUCAS.

No.

JUAN.

Yo bebo por sistema...

LUCAS.

¿Cómo?

JUAN.

Y yo me sé por qué.

LUCAS.

Pero...

JUAN.

El vino sabe dar  
calma al pesar que refreno,  
porque cuando estoy sereno  
no se me puede aguantar.  
La gente da en embromarme  
porque soy un tonto, un tipo,  
yo á las bromas me anticipo  
y así evito el enojarme.  
Porque así entre broma y gresca  
me emborracho y me confundo...  
y créalo usted; el mundo  
no sabe lo que se pesca.  
Piensa el mundo obrando así,  
que sirvo á sus planes fiel  
y no comprende que él  
es el que me sirve á mí.  
Busco en la embriaguez... olvido  
del pesar que desazona!  
y pues ya dormí la mona  
y ustedes se han divertido,  
ya es hora de que me den  
suelta, y ya no estoy beodo;  
con que mil gracias por todo  
y que usted lo pase bien.

LUCAS.

¡Ya entiendo! ¡Quién lo diría!

Usted pretende olvidar  
con el vino algun pesar.

JUAN.

Es verdad.

LUCAS.

Señor García,  
nunca es tarde para ver

- el fin de nuestros pesares,  
y al tornar á sus hogares...  
dichoso puede usted ser.
- JUAN. Imposible.
- LUCAS. Aquí le ofrece  
su fortuna la ocasion.
- JUAN. No entablemos discusion  
de mi mal, que me entristece.
- LUCAS. Anoche usted se casó...
- JUAN. Pero, hombre, ¿por quién me toma?  
Anoche tragué la broma,  
pero esta mañana no.  
Yo leí el anuncio aquel,  
vine y me expuse al bromazo:  
hoy ya sereno rechazo  
la broma, que fué cruel.  
De éstas me han pasado mil;  
he servido de pretexto  
á mas chascos!...
- LUCAS. Pero en esto  
no hay broma ni hay acto hostil.  
Usted borracho asintió  
y el *si* dijo sin reparo.
- JUAN. ¿Pero... me han casado?
- LUCAS. Es claro.
- JUAN. Quién me lo asegura?
- LUCAS. Yo.
- JUAN. Esta no es casa de huéspedes?
- LUCAS. Sí, y en ella se moría  
su antigua amante.
- JUAN. La mia?
- LUCAS. ¡Pues! Doña Gertrúdis Céspedes.
- JUAN. Y quién es esa señora?
- LUCAS. ¿No reconoce á su amor?
- JUAN. Nunca he tenido el honor... ¶
- LUCAS. ¡Con eso me sale ahora!
- JUAN. Yo he llegado ayer mañana...
- LUCAS. ¿No es usted don Juan García,  
coronel de infantería,  
que ha venido de la Habana?
- JUAN. Soy tal; de Cuba he venido,  
pero no soy coronel.

- Ese es otro, y ya con él  
mil veces me han confundido.  
LUCAS. (No se va á armar mal fregado!  
Y ya cómo me desdigo...  
Me aguanto! yo no lo digo!)  
Pues señor, yo lo he casado.
- JUAN. ¡Casado!  
LUCAS. En trance de muerte...  
JUAN. Y ante un cura?  
LUCAS. Sí señor.  
(Insistir es lo mejor.)  
JUAN. Reniego, amen, de mi suerte!  
¡Abur!
- LUCAS. Se va usted á marchar?  
JUAN. Pues no!  
LUCAS. (Si ahora se me escapa...)  
JUAN. Diga usted, y la novia es guapa  
al ménos?
- LUCAS. Es regular.  
JUAN. ¿Jóven?  
LUCAS. Una gran jamona.  
JUAN. ¡Jamón! Con vino no es malo.  
Pero, hombre, vaya un regalo!
- LUCAS. Una excelente persona.  
JUAN. Y ella sabe que los dos...  
¿Y me espera?
- LUCAS. Ha ido á vestirse.  
JUAN. Nada, lo mejor es irse. (Hace que se va.)  
LUCAS. No se vaya usted, por Dios.  
JUAN. ¡Pero, hombre!  
LUCAS. Comprendo el susto.
- JUAN. Cúlpele á mi estupidez.  
Oiga usted; es la cuarta vez  
que me casan á disgusto!  
Era un niño, y una arpía,  
que sabía más que Lepe,  
me armó tan fiero julepe  
con un tío que tenía,  
que humillando mi albedrío  
ocasionaron mi ruina  
el gancho de la sobrina  
y el garrote de su tío.

Ay! por huir de la ganga  
de aquel consorcio traidor  
me fuí de administrador  
de rentas á la Pampanga.  
La ausencia fué mi remedio  
y por eso crucé el piélagó  
y estuve en el archipiélagó  
filipino lustro y medio.  
Ella ya sin el estorbo  
de mi union se marchó á América,  
y acaso por lo colérica...  
murió del cólera morbo.  
Ya libre, á la patria hispana  
volví: y en Cádiz morando  
yo no sé cómo ni cuando  
me pescó una gaditana...  
¡qué mujer! temo que asome  
y me ponga como un trapo;  
créame usted, si no escapo  
de su lado, se me come!  
De miedo á su torvo genio  
busqué remedio á mis daños  
en Cuba y allí en diez años  
fuí mayoral de un ingenio,  
maestro de cornetin,  
empresario de zarzuela,  
concertista de plazuela  
y profesor de latin.  
Al fin la nueva me dió  
un alma buena y piadosa  
de que mi querida esposa  
en Jerez se suicidó.  
Parece que con motivo  
de una deuda que tenía  
le fueron á hacer un dia  
un embargo preventivo,  
y en su desesperacion  
cogió cuanto halló á la mano  
despampanó al escribano  
y se echó por un balcon.  
Ya libre otra vez me ví,  
pero amigo, allá en la Habana

conocí á una americana  
con unos ojos así, (Marcando.)  
y un dejito para hablar,  
de tal gracia y tal gracejo,  
ay de mí!... que en aquel *dejo*  
me *dejé* otra vez pescar.  
Con ella, aunque sin un cuarto,  
fui feliz mientras vivió.  
¡Oiga! Tambien se murió?  
Sí señor; de sobre-parto.  
Mas ¡ay! que de aquella union  
me dejó para memoria  
un ángel que era mi gloria!  
hija de mi corazon!  
La ví nacer y reir  
y en mi regazo crecer;  
ser niña y luégo mujer...  
y luégo... la ví morir!  
Puede haber penas más fieras  
que ver morir en su aurora  
á una niña encantadora  
de diez y seis primaveras!  
De mis angustias pasadas  
olvidé el fiero rigor  
viviendo al dulce calor  
de sus amantes miradas.  
Ella era mi solo encanto,  
el alivio de mi pena;  
era tan linda, tan buena,  
y nos queriamos tanto!...  
Mientras con ella viví  
nos alumbró buena estrella;  
yo trabajaba por ella  
y ella vivía por mí...  
Y era, en nuestros dulces lares,  
el amor de los amores,  
olvido de mis dolores  
y alivio de mis pesares.  
Quisiera poder pintarla  
y que usted al comprenderla  
como fué pudiera verla  
y en mi frase adivinarla.

LUCAS.  
JUAN.

Quisiera que comprendiese  
cuando era á mi vida cara  
para que me disculpara  
cuando ébrio y loco me viese,  
y quisiera al mundo ruin  
que por juguete me toma  
y por pretexto de broma  
ya de mi vida en el fin,  
pintarle el hondo pesar  
de mis penas silenciosas...  
pero en fin, señor, hay cosas  
que no se pueden pintar! (Llorando.)

LUCAS. ¡Pobre señor!

JUAN. (Después de una pausa.) Cuando al lectio  
de su muerte me acercaba,  
cuando á su lado velaba  
mudo y en llanto deshecho,  
ella viendo el llanto mio  
que contener no logré,  
decía: le tengo á usted  
en el alma, padre mio!  
Y hoy que voy la seca palma  
de mi martirio arrastrando,  
siempre la estoy escuchando:  
«de tengo á usted en el alma.»  
Por eso en mi frenesí  
la vida no me conviene;  
como en el alma me tiene...  
siempre estoy fuera de mí!  
Pero basta de esta historia,  
yo me voy.

LUCAS. (Y qué imagino?)...

JUAN. Voy á buscar en el vino  
remedios de la memoria!

LUCAS. Aquí le hay. (Ofreciéndole una copa.)

JUAN. Pues beberé!

LUCAS. Pero quédese usted ya  
pronto su esposa vendrá.

JUAN. Reniego de ella y de usted!  
Que este bromazo es distinto  
de otros, y no hay quien me obligue...

LUCAS. Beba usted! No hay quien mitigue

- JUAN. el mal humor como el tinto!  
(Buen jaleo se va á armar;  
yo á Gertrudis tengo miedo.  
(Mirando hácia la puerta izquierda.)  
¡Ella! pues yo no me quedo.)  
Beber, dormir, olvidar! (Bebiendo.)
- LUCAS. Espéreme aquí un instante  
que voy á ver si le saco...
- JUAN. Á mal dar, tomar tabaco!
- LUCAS. (Yo no quiero estar delante.  
Me araña!)
- JUAN. Gran mostagán!
- LUCAS. ¡Laffite!
- JUAN. Muy bella persona.  
(Á ver si coge otra mona.  
Ellos me lo contarán.)
- LUCAS. «Le tengo á usted en el alma...»  
Si no quiero oírte, no!...  
Yo sí que te tengo, yo... (Transición.)  
Juanito, vamos con calma.  
No perdamos el decoro,  
que este traguito es el quinto:  
no nos salgamos de Pinto...  
y entremos en Valdemoro.

### ESCENA VIII.

D. JUAN, DOÑA GERTRUDIS, vestida de moda atrasadísima.

- GERT. Creo que el traje es espléndido,  
y aunque parezca ridículo,  
fué moda en tiempos históricos  
y recuerdo de amor fiel.
- JUAN. ¡Uf! Quién es esta cariatide?
- GERT. (Un hombre aquí?)  
(Santa Brígida!)
- JUAN. (¡Ah, vamos, este es don Iñigo.)
- GERT. Señora...
- JUAN. No hay duda, es él.  
(Llegar aquí á la hora crítica  
de mi entrevista...)

- JUAN. Usted es... (Estoy trémulo.)
- GERT. Gertrudis Céspedes.
- JUAN. ¡Esta es mi señora! Horror!  
Pues yo...
- GERT. Si ya sé; usted es Trúpita.
- JUAN. ¿Trúpita? pero entendámonos...
- GERT. ¿Y qué tal?
- JUAN. ¿Y usted? (Qué lámina!)
- GERT. Estoy un poco mejor.
- JUAN. ¡Dios mio, si es una acémila!  
Vaya una esposa hiperbólica.)  
(Este hombre me es antipático.)
- GERT. (Santo Dios, qué me dirá?)  
Señora, hay casos difíciles...
- JUAN. Tome usted asiento, don Iñigo.  
Sentado estará más cómodo.
- JUAN. Mil gracias. ¿Y cómo va?
- GERT. ¿Qué tal le ha ido á usted en América?
- JUAN. Regular. Los climas cálidos....
- GERT. ¿Habrá usted pasado el vómito?
- JUAN. Sí señora.
- GERT. ¿Y quedó bien?
- JUAN. Quedé un poco mal del hígado.  
(No encuentra términos hábiles...)
- GERT. Son países muy mortíferos.  
Yo los odio.
- JUAN. Yo tambien.
- GERT. Ya me ha dicho há poco Jáuregui  
—mi futuro hijo político—  
que usted trae datos auténticos  
de Juan García... ¡ay de mí!
- JUAN. (Me toma por algun prójimo  
que está esperando! magnífico;  
así me entero de incógnito  
de lo que sucede aquí.  
Pues con efecto... (es atlética!)
- GERT. Diga usted, señor de Trúpita,  
¿es cierto que se va el miércoles?  
(Ojalá.) Pudiera ser.
- JUAN. ¿Á su país? ¿Usted es cántabro?
- GERT. De San Cárlos de la Rápita.

GERT. Ah, vamos; yo soy de Liérganes,  
dos leguas de Santander.

JUAN. Buen país.

GERT. Nunca sus límites

pasara! En hora fatídica  
me vine el año del cólera  
por mi desgracia á Madrid.  
No sufriera aquí un sinnúmero  
de traiciones de un genízaro  
á quien ya me ligan vínculos  
sagrados, por un ardid.

JUAN. ¿Conque ha sido usted la víctima?...

GERT. De un desalmado, de un vándalo.

¡Si salió hasta en los periódicos  
el chasco que el vil me dió!

JUAN. Debíó ser un caso célebre.

GERT. Créalo usted, me dan vértigos  
cuando pienso en la canícula  
del año en que se marchó.

JUAN. (Voy adivinando un cúmulo  
de cosas alarmantisimas.)

GERT. ¡He pasado muchas lástimas!

JUAN. ¡Oiga!

GERT.

Y mucha privacion.

Hemos sido aquí dos mártires,  
pregúntele usted á mi médico,  
que aunque en su ciencia es un bárbaro  
tiene muy buen corazon.

Él me ha visto en muchas épocas  
amasar mi pan con lágrimas,

cosiendo á jornal muy ínfimo

y andar de aquí para allí

buscando labor y huéspedes,

que tienen muchas camándulas;

esto de vivir del público

no se inventó para mí.

Eso sí, mi casa es única

y en ella se vive cómodo,

y tenemos mucha mónica

para hacernos apreciar.

Usted verá aquí buen régimen

y hallará por precio módico

una habitacion magnífica  
y una mesa regular.  
Un chocolate riquísimo,  
un almuerzo sano, higiénico,  
dos platos, un farináceo  
y dos postres á escoger.  
Y en la comida su sémola,  
su cocido abundantísimo,  
su lombarda, sus albóndigas,  
y su queso de Gruyer.  
Luégo, este sitio es muy céntrico  
y la escalera es suavísima,  
y en llegando arriba el ánimo  
se ensancha una vez aquí.  
Que aquí pueden ver los huéspedes  
desde la cama, el Botánico,  
la iglesia de San Gerónimo,  
el Retiro y Chamberí.  
Si le gusta á usted la música  
tenemos un piano piccolo  
y una vecina de Játiva  
que toca con gran primor  
el *Barbero*, la *Sonámbula*,  
el *Poliuto*, la *Semiramis*,  
dos ó tres docenas de óperas  
y todas á cual mejor.  
Ahora que hay fiestas magníficas  
está usted aquí limítrofe  
de todos los espectáculos  
de esta moderna Babel.  
Á cuatro pasos del Príncipe  
y á dos pasos del hipódromo,  
¡desde aquí se oyen las pláticas  
de las fieras de Bidel!  
La vecindad es pacífica:  
pared por medio unos músicos,  
en el segundo mi médico  
que tiene por mí pasion;  
en la tienda un farmacéutico,  
en el tercero un fotógrafo,  
y en la bohardilla unas prójimas...  
de mala reputacion.

En fin, caballero Trúpita,  
en esta vivienda cómoda  
segun una frase gráfica,  
va usted á estar *al reló*.  
No hallará en la limpia atmósfera  
de esta casa salutífera  
más que una sombra, un paréntesis  
desagradable: y soy yo.

Yo, que por mi suerte pícara  
y mis disgustos domésticos  
estoy algo climatérica,  
y condenada á sufrir  
una porcion de fenómenos  
morales y fisiológicos  
que por causa de aquel trápala  
me han de llevar á morir!

Ay! y no era así en mi espléndida  
juventud! Yo era una Andrómaca  
y hoy soy una Dido hidrópica  
que muere de amante sed.

Sí señor, yo era una sílfide,  
una nereida, una náyade,  
y hoy solo soy... una lámina  
arrimada á una pared.

Tengo un caracter diabólico,  
estoy enferma del hígado,  
me dan ataques y vómitos,  
no puedo dormir ni andar,  
y entre mis penas ya crónicas  
y entre la tos y el histérico  
y la gota, y el tortícolis,  
no me se puede aguantar.  
Soy irascible, soy déspota,  
soy impaciente, soy díscola,  
pendenciera, armo un escándalo  
por dos cuartos de almidon.

Soy una fiera, don lñigo!  
(Patron mio! Juan Crisóstomo!!  
ántes que tragar tal cónyuge  
me tiro por el balcon!!)

JUAN.

GERT.  
JUAN.

Dice usted...

Digo que es lástima...

- GERT. Ya, ya; que por ese zángano  
me vea yo... y apropósito,  
usted me puede servir...  
¿Conoció usted en América  
á Juan García?
- JUAN. (Mi homónimo.)  
¿Militar?
- GERT. El mismo; un pícaro!
- JUAN. Algo podría decir.
- GERT. De veras?
- JUAN. Ya está buen pájaro!  
¿quién no le conoce?
- GERT. ¡Es célebre!
- JUAN. Él servía en Santi-Spíritus  
cuando yo en la capital.  
Ya es antiguo en el ejército.
- GERT. Pues ya lo creo, antiquísimo!  
sirvió con Zumalacárregui  
ántes de ser liberal!
- JUAN. Se cuentan de él mil anécdotas,  
es hombre de mala índole;  
cuentan que coge unas pítimas  
que le duran todo el mes.  
Una vez se jugó á un pároli  
el dinero de la música;  
hasta el libro de la táctica  
lo puso un dia á un entrés.
- GERT. No me extrañan sus desórdenes.
- JUAN. Ha dado muchos escándalos.  
Estuvo escapado en Méjico  
por comerse el batallon.
- GERT. ¿Cómo?
- JUAN. La caja, el metálico.  
¡Y tiene suerte!
- GERT. Oh! los pícaros...
- JUAN. Hizo allí una boda espléndida.
- GERT. ¿Qué dice usted? ¡Oh traicion! (Levantándose.)
- JUAN. Señora...
- GERT. Usted miente.
- JUAN. ¡Cáscaras!
- GERT. ¿Dónde se casó?
- JUAN. En Guantánamo.

- GERT. ¿Y con quién?  
JUAN. Con la de Alcántara.  
Yo conozco á su mujer!  
GERT. Está usted cierto?  
JUAN. Ciertísimo.  
GERT. ¿Y en dónde está?  
JUAN. En Puerto-Príncipe.  
GERT. ¿Y cómo se llama?  
JUAN. Práxedes.  
GERT. ¡Me lo voy á usted á comer!  
JUAN. ¡Señora!  
GERT. Es usted un estúpido.  
JUAN. ¿Cómo?  
GERT. Y yo no soy tan crédula.  
¿Usted ignora que ese prójimo  
es mi marido ante Dios?  
JUAN. Su marido? Y yo...  
GERT. ¡Qué escándalo!  
JUAN. Pero...  
GERT. ¡Yo estoy apoplética!  
Es mi esposo, y en el ínterin...  
JUAN. Entónces tiene usted dos!  
Y si pretende pasárnoslo  
como marido pretérito  
después de la boda apócrifa  
que ha hecho usted aquí tarde y mal,  
sepamos por qué pragmática  
se permite en la Metrópoli  
un marido... trasatlántico  
y otro hispano-colonial!  
GERT. Me va usted á probar sin réplica  
su afirmación categórica!!  
JUAN. Lo que probaré ante el público  
y ante toda la nación,  
será que usted bajo el frívolo  
pretexto de buscar huéspedes,  
se aprovecha del crepúsculo  
y los casa usted á traición!  
GERT. Es usted un hipopótamo.  
JUAN. La boda de ayer no es válida.  
GERT. ¿Dónde están esos patibulos!  
JUAN. Hay que deshacerla!

GERT. Oh, no!  
JUAN. Iré al vicario eclesiástico.  
GERT. ¿Y á usted qué le va?  
JUAN. Muchísimo!  
(Cargar yo con esta víbora!)  
GERT. Yo no puedo más.  
JUAN. Ni yo!  
GERT. ¡García! (Yendo hácia la puerta derecha.)  
JUAN. Voy por mis bártulos.  
GERT. Juana! tráeme la antistérica.  
(Aparece Juana puerta foro.)  
¡Yo quiero ver á ese pícaro!  
¡Si no me puedo mover!  
¿Está mala?  
JUANA. Estoy colérica,  
GERT. turulata, yerta, atónita!  
Juana, hay en la casa un bigamo!!  
JUANA. ¡Ay Dios, que nos va á morder!!  
(Se van juntos.)

### ESCENA IX.

D. JUAN, MARÍA,

JUAN. ¡Huyamos de esta grillera!  
Juanito, lía el petate!  
MARIA. ¡Ah! (Viendo á D. Juan.)  
JUAN. Loca está de remate.  
MARIA. Señor, hablarle quisiera!  
JUAN. ¡Quién? (Viendo á María.)  
MARIA. Sepa que yo sin calma  
siempre en su vuelta confío  
impaciente; ¡ay señor mio!  
¡le tengo á usted en el alma!  
JUAN. ¡Qué dices! Ah, qué escuché?  
MARIA. ¡Quédese!  
JUAN. Á tu ruego cedo...  
Oh, sí, me quedo, me quedo!  
MARIA. Sí, por Dios. ¡Quédese usted!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

---

## ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

### ESCENA PRIMERA.

D. JUAN, de bruces sobre la mesa.

Quédese usted, exclamó,  
y cuando el ruego escuché  
á su lado me quedé  
y ella al verlo se alegró.  
Es tan burlona la suerte,  
que en esta ocasion obliga  
á esa niña á que me diga  
lo que en el trance de muerte  
con dulce apacible calma  
mi pobre ángel me decía  
viendo la sorda agonía  
que devoraba mi alma.  
Y esta niña... ¿quién será?  
por qué con sorda atraccion  
renueva en mi corazon  
dichas que pasaron ya?  
Si es verdad que me han casado  
con la mojiganga aquella,  
por ver á esta niña bella  
me quedaría á su lado.

Pero no, no puede ser,  
cómo, gran Dios, apechugo,  
con el tiránico yugo  
de aquella feroz mujer? (Pausa.)  
Esa niña me pidió  
con rara melancolía,  
noticias de un Juan García  
que no debía ser yo.  
Y al ver que con voz airada  
y tal vez inoportuno,  
le dije, «valiente tuno,»  
se fué muy incomodada.  
Me alegro! así como así  
si yo no la he de tratar,  
no me quiero encariñar  
con su trato y, pesiamí...  
Siento en mí con voz muy honda  
revivir mi amor sepulto...  
vaya, escurramos el bulto  
que aquí hay mucha trapisonda,  
y á mí me falta el valor  
para afrontar este lío.

## ESCENA II.

D. JUAN, D. LÚCAS.

LUCAS. ¡Oh! Don Juan.  
JUAN. Muy señor mio.  
LUCAS. ¿Se marcha usted?  
JUAN. Sí señor.  
LUCAS. Vamos ántes á probar  
un Montilla de primera.  
JUAN. ¿Montilla?  
LUCAS. (Á ver si hay manera  
de podermele ganar.)  
Siéntese usted aquí enfrente. (Se sientan.)  
JUAN. Usted me hace mucho honor.  
LUCAS. Hágame usted el favor  
de probar eso.  
JUAN. Corriente.  
Pero ya que nos hallamos

otra vez, ¿podré saber  
con quién tengo yo el placer  
de hablar?

LUCAS. Pues frescos estamos!

Amigo y médico soy  
de su adorada costilla.

JUAN. Bueno.

LUCAS. Vaya esa copilla.

Está usted?

JUAN. Sí, estoy, estoy.

Mas como amigo y honrado  
deme usted franca respuesta:  
¿qué casa, qué gente es esta  
qué es lo que aquí va jugado?  
Porque yo á pensar me inclino  
que aquí dentro el que no es loco...

LUCAS. Es verdad, le falta poco.

Le diré á usted. Venga vino.

Cuando á Tula conocí  
acababa de nacer  
la niña...

JUAN. La niña? Á ver?...

¿Es una niña que ví  
hace poco y que pedía  
que á su lado me quedara,  
y de belleza tan rara  
como la pobre hija mia?

LUCAS. Esa.

JUAN. Siga usted.

LUCAS. Corriente.

Como esa niña agraciada  
ha sido tan desdichada;  
la quiero entrañablemente.  
Yo, don Juan, entré en el gremio  
por verme reproducido,  
pero el Señor no ha querido  
dar á mi amor ese premio.  
Así es que yo que vivía  
soñando en un imposible  
y he visto la indescriptible  
tierna infancia de María,  
amigo fiel de su madre

- y en mis afectos sincero,  
á esta muchacha la quiero  
como si fuera su padre.  
Crea usted que no hay dolor  
más grande que desear  
un hijo y no realizar...
- JUAN. ¡No tal, hay otro mayor!  
(Con dramático desconsuelo.)  
Ver la vejez consolada  
por nuestros hijos, y verlos  
ya criados y perderlos...  
señor, como eso no hay nada!)
- LUCAS. Pues bien, ya es en mi manía  
cierto plan que aquí pensaba  
realizar cuando contaba  
con que usted me ayudaría.  
El padre de esa infeliz  
abandonada la tiene,  
ausente vive y no viene,  
y de su amante desliza  
por motivos que respeto, |  
esta afligida señora  
á su hija que el daño ignora  
guardarle quiere el secreto.  
Porque ella, cual otras madres,  
piensa que no es menester  
que un hijo llegue á saber  
los errores de sus padres.  
Por eso anoche hice aquí  
creyéndole á usted el papá  
la boda... (¿La tragará?)
- JUAN. Y de qué sirve, ay de mí!
- LUCAS. Y ya es vano el fingimiento  
sin exponerse á un nublado...
- JUAN. Mal ó bien ya me he casado...
- LUCAS. Lo siente usted?
- JUAN. (Después de una pausa.) No lo siento!
- LUCAS. ¿De veras no?
- JUAN. Porque al ver  
aquella niña hechicera...
- LUCAS. Si su padre no volviera...
- JUAN. ¿Y por qué no ha de volver?

- LUCAS. ¿Le conoce usted?  
JUAN. De nombre.  
Nunca le he visto á mi lado,  
con lo cual no se ha evitado  
que me engañara.
- LUCAS. ¿Hay tal hombre?  
JUAN. Me estafó quinientos pesos  
usurpando mi apellido,  
es un bribon, un perdido  
célebre por los excesos;  
tan valiente en la pelea  
como en la paz desastroso,  
un petardista, un tramposo  
como no tiene usted idea.
- LUCAS. Él aquí no ha de volver...  
JUAN. ¿Y su hija... le esperará?  
LUCAS. ¡Siempre esperándole está!  
JUAN. ¡Que haya tan infame ser!  
LUCAS. Ya que á entendernos llegamos...  
apechugue con la madre!  
JUAN. ¡Si quisiera ser el padre  
de María! pero hablamos  
de lo que no ha de ocurrir,  
de lo que es vano pensar,  
de lo que no hay que intentar,  
de lo que me hace sufrir! (Pausa.)  
Júzgueme usted como quiera:  
lo juro por estas cruces,  
si ayer cuando entre dos luces  
subí por esa escalera  
me hubiera dado un ataque  
cerebral inesperado...
- LUCAS. ¿Qué?  
JUAN. Y hubiera reventado  
lo mismo que un triquitraque,  
me evitára de sufrir  
las penas que aquí pasé,  
porque... yo sé cómo entré  
y no sé cómo salir.  
Porque al ver la soledad  
de la madre y la muchacha...  
y en fin, yo, con esta facha

y esta cara y esta edad,  
soy la representacion  
de lo que ya apenas priva,  
soy, en fin, la vida activa  
del alma y del corazon!  
Desde que empecé á sentir  
no supe hacer más que amar,  
y así soy un ser vulgar  
y condenado á sufrir.  
Por donde quiera que he ido  
siempre el mundo me ha burlado,  
los hombres me han engañado,  
las mujeres me han vendido;  
he sido en toda ocasion  
la víctima de algun modo  
y me he resignado á todo  
á costa del corazon.  
Por eso doquier que fui  
mi corazon entregué  
y por un necio pasé  
y se rieron de mí.  
Y no por ello me quejo  
con amargura egoista,  
yo he de ser siempre optimista,  
y pobre y aislado y viejo,  
tengo aquí en el corazon  
de fe y de amor un raudal  
cual perenne manantial  
de salud y salvacion.  
Y quisiera ser el padre  
de esa niña encantadora,  
secar su llanto si llora  
y consolar á la madre,  
y olvidando sus deslices  
disponer hoy de millones  
y alegrar sus corazones  
y hacer sus dias felices.  
Y aunque quisiera evitar  
ser así, va es vano intento,  
créalo usted, al sentimiento  
no se le puede mandar!

### ESCENA III.

DICHOS, la CRIADA.

- JUANA. Un señor entrar espera  
y esta tarjeta me dió.
- LUCAS. ¡Santo Cristo! (Viendo la tarjeta, y aterrado.)
- JUAN. ¿Qué pasó?
- LUCAS. ¿Y la señora?
- JUANA. Está fuera.
- LUCAS. Dí que se vaya... ó que aguarde  
lo que guste.  
(Leyendo ap. y con asombro.)  
(«Juan García,  
coronel de infantería!»)
- JUAN. Pero...
- LUCAS. Volveré más tarde.  
(Yo no aguanto el aluvion,  
me voy por la otra escalera.)
- JUAN. Pero hombre...
- LUCAS. Cuando usted quiera  
seguirá su relacion.  
Yo me voy! (Se va corriendo.)

### ESCENA IV.

D. JUAN.

- Y yo tambien.  
Qué lástima... qué extravío!...  
Pero es posible, Dios mio!  
Señor, qué cosas se ven!  
(Recoge su gaban y sombrero á tiempo que aparece García.)

ESCENA V.

D. JUAN, JUAN GARCÍA.

Juan García entra bruscamente con un número de *La Correspondencia* en la mano y hace toda la primera escena destemplado y grosero. Hágase este personaje viejo, brusco, vestido de luto, antipático desde el primer momento. D. Juan debe contestarle en el mismo tono en que habla y hágase la escena con rapidez.

GARCIA. Ya tanto esperar me aburre.  
Servidor de usted.

JUAN. ¿Quién es?

GARCIA. ¿Soy yo á quien usted desea  
hablar de un asunto?

JUAN. ¿Á quién  
tengo el honor...

GARCIA. Soy García.

JUAN. Muy señor mio.

GARCIA. Eso es.

¿Usted es aquí el dueño?

JUAN. Hombre...

creo que sí.

GARCIA. ¿Cómo?

JUAN. Pues.

GARCIA. ¡Repito que soy García!

JUAN. Por muchos años.

GARCIA. ¡Amen!

JUAN. Pero por llamarse así  
no pretenderá tal vez  
asustarme.

GARCIA. ¡Soy García!

JUAN. ¡Caramba! pues yo tambien!

GARCIA. ¿Cómo?

JUAN. ¡Lo que es á García  
no me ha de ganar usted!

GARCIA. Soy Juan García.

JUAN. Pues vaya,

ni aun así me achico.

GARCIA. ¿Qué?

- JUAN. Que tambien soy Juan García desde el año veintitres
- GARCIA. Yo soy Juan García Malo.
- JUAN. Juan García malo? Bien,  
Yo soy Juan García Bueno.  
Siempre le aventajaré.
- GARCIA. Yo he venido de la Habana.
- JUAN. Yo he llegado antes de ayer.
- GARCIA. Y vengo aquí á ver que es esto!
- JUAN. ¿Sí? pues yo se lo diré.  
Esto es un cuarto tercero  
donde se pasa muy bien,  
y al que se descuida un poco  
lo casan!
- GARCIA. ¿Cómo?
- JUAN. Eso es.
- GARCIA. Vamos, esto es una jaula  
de locos!
- JUAN. Pudiera ser;  
si no es jaula, ratonera  
por lo ménos sí lo es!
- GARCIA. Es decir que se han burlado  
de mí? Cómo á un coronel  
se le hacen subir noventa  
escalones?...
- JUAN. Pudiera ser;  
mientras vaya usted subiendo  
lo que importa es ascender!
- GARCIA. Oiga usted, viejo insolente;  
por quién me ha tomado usted?
- JUAN. Por un hombre mal criado,  
mi teniente coronel,
- GARCIA. Pero... Dios me dé paciencia;  
Lea si sabe leer.  
(Enseñándole *La Correspondencia*.)
- JUAN. ¡Ah, el anuncio! Usted es García!
- GARCIA. No lo dije más de diez  
veces?
- JUAN. Usted es el que... vamos!  
Á gran tiempo llega.
- GARCIA. ¿Qué?
- JUAN. En ese cuarto de al lado

- le espera impaciente...
- GARCIA. ¿Quién?
- JUAN. Su señora, su costilla.
- GARCIA. ¿Mi señora?
- JUAN. Su mujer.
- Usted se ha casado anoche.
- GARCIA. ¿Yo?
- JUAN. Pues vaya!
- GARCIA. Hay tal *belen*?
- JUAN. Usté anoche se ha casado  
como dos y una son tres  
con doña Gertrudis Céspedes.
- GARCIA. ¿Ella? Páselo usted bien! (Marchándose.)
- JUAN. ¡Alto!
- GARCIA. ¡Caer yo en la trampa!
- JUAN. ¡Señora! (Llamando á Gertrudis.)
- GARCIA. ¡Cállese usted!
- JUAN. ¡Doña Gertrudis!
- GARCIA. ¡Su casa!
- JUAN. ¡Tula! ¡Tulita!
- GARCIA. Cuartel!
- JUAN. No hay cuartel; usté es García,  
Juan García.
- GARCIA. Bien y qué?
- JUAN. Y usté... ¡Tulita! es marido...  
¡Tulita! de su mujer,  
y es fuerza que usted... ¡Tulita!
- GARCIA. Pero, hombre, cállese usted!
- JUAN. No me da la gana, hombre,  
yo sé lo que debo hacer!
- GARCIA. Por Dios! querido tocayo,  
aunque es la primera vez  
que nos hablamos há tiempo  
que yo le conozco á usted  
y usted á mí, que allá en Cuba...
- JUAN. Sí señor, sí, lo sé bien.  
ahora saldrá su señora...
- GARCIA. Pero si yo me casé  
en América...
- JUAN. No importa.  
No basta, no puede ser.  
Es boda en el otro mundo,

aquí no le sirve á usted.  
GARCIA. Don Juan, mi vida y milagros  
quisiera hacerle saber  
si ocasion propicia fuera;  
pero ya que no lo es,  
sepa de un hombre agobiado  
la lógica timidez.  
Yo he sido un loco, un perdido,  
un desalmado tal vez.  
Hoy tengo ya muchos años,  
soy teniente coronel  
y mis pasados desórdenes  
con mi sangre los borré.  
Allá en mis locos verdores  
quise á una pobre mujer  
y á mi víctima y su hija  
dejé en misera estrechez.  
La madre era un ser ridículo;  
la niña que aquí dejé  
supe allá que había muerto,  
y pienso que lo hizo bien,  
que para ser desdichada  
mas le valió fenecer.  
Vuelvo á España y esta arpía  
pretende á lo que se ve  
con sus artes y amenazas  
turbar de mi hogar el bien.  
Usted que por lo que veo  
es aquí un amigo fiel,  
haga que en paz se me deje,  
y en cambio de tal merced  
yo haré que esta pobre vieja  
pase holgada su vejez.  
En fin, tocayo estimable,  
supla el dinero al deber;  
todo se compra en el mundo,  
yo quiero comprar mi bien.  
JUAN. ¡Ay señor don Juan García,  
qué equivocado esta usted!  
¿con qué dinero se logra  
descasarse?

GARCIA. Esô... no sé.

- JUAN. Crea usted que si el gobierno lo autorizara por ley se pagaría la deuda de la nacion en un mes.
- GARCIA. Pero...
- JUAN. Usted es el marido que ella quería tener y otro por usted fué anoche marido de su mujer.
- GARCIA. ¿Cómo?
- JUAN. Sí, que unos se casan á ciegas por interés y otros se casan á oscuras como un servidor de usted.
- GARCIA. Pero...
- JUAN. Y usted que debiera serlo, no lo quiere ser, y yo que lo soy por fuerza casi me alegro.
- GARCIA. ¿Y por qué?
- JUAN. Porque... pero tente lengua.
- GARCIA. Siga usted; pero esto es apurarme la paciencia haciéndome padecer!
- JUAN. Esto es buscar un remedio á las desdichas de usted. Esto es...
- GARCIA. Esto es ya una broma pesada!
- JUAN. Ah, mi coronel!
- GARCIA. Y me voy.
- JUAN. Sí yo le dejo.
- GARCIA. ¡Y aunque no!
- JUAN. Lo hemos de ver!
- GARCIA. Por vida de tal!
- GERT. (Apareciendo puerta foro.) García!
- GARCIA. (¡Maldita seas, amen!)

ESCENA VI.

GARCÍA; D. JUAN, DOÑA GERTRUDIS.

GERT. Déjenos usté un momento,  
don lñigo.

GARCIA. Don...

JUAN. Me voy.

Si algo se ofrece, allí estoy.  
(Van á entenderse... y lo siento!)

ESCENA VII.

GERTRUDIS, GARCIA.

GERT. Pues que te dignas volver  
contra lo que yo creí,  
hablemos García aquí  
como marido y mujer.

GARCIA. Mira...

GERT. No, si no me altero,  
pensé en verdad que escurrias  
el bulto y que no volvias  
á tu casa.

GARCIA. Pero...

GERT. Pero  
supuesto que no pretendes  
huir, y á explicarnos vamos,  
acércate á mí y veamos  
con qué cara te defiendes.

GARCIA. Gertrúdis, no me provoques  
porque ya sabes quién soy,  
y precisamente estoy  
de mirame y no me toques.  
Paso por la tremolina  
y el escándalo que armaste  
ayer, cuando me encontraste  
en la calle de Gravina.  
Paso por lo del anuncio  
que aquí á venir me ha obligado  
y con el cual has pensado

cogerme en algun renuncio.  
Paso por tus insidiosas  
artes para hacerte amar...  
y ya ves que esto es pasar  
por una porcion de cosas.  
Pero no paso ni esperes  
que tolere, el torpe ultrage  
del absurdo vasallage  
con que aprisionarme quieres.  
Hay en la vida aventuras  
que no se olvidan jamás,  
y yo he pensado en tí más  
de lo que tú te figuras.  
Cuando en las horas tranquilas  
de aquel tiempo tan tranquilo...

GERT.

Se miraba mi pupilo  
en la luz de mis pupilas!

GARCIA.

¿Te acuerdas?

GERT.

¡Sí por quien soy!

GARCIA.

(Á ver si la calmo así.)

GERT.

Ay desdichada de mí  
lo que va de ayer á hoy!  
Jóvenes y amantes ambos  
fuiste mi dulce cantor  
cuando en *El Observador*  
me escribistes dilirambos  
dándome en ellos un bombo  
que en los cielos me ponías  
en versos que me leías  
allá... en el café de Pombo.  
Tú, huesped y yo patrona  
fuimos á comer juntitos  
á aquellos gabinetitos  
de la fonda de Perona.  
Allí con suspiros hondos  
tu corazon me admiraba,  
y yo entre tanto pagaba  
cuando no estabas en fondos.  
Allí, fementido amante,  
me pintaste tu cariño...  
*«con la sencillez del niño  
y el arrojito del gigante!»*

¡Ay! en mi sola persona  
encontraste, siempre humana,  
amante, amiga y hermana,  
madre, *asistentita* y patrona.  
Recuerda mis aficiones  
á tus cosas más precisas:  
á plancharte las camisas  
á pegarte los botones,  
á cuidar de tu salud  
y á tenerte limpio y gordo;  
¿pues cómo tu pecho es sordo  
á mi amorosa inquietud?  
¿Cómo al volver á estos lares,  
que abandonaste en mal hora,  
puedes con alma traidora  
causarme nuevos pesares,  
haciendo en lenguaje ambiguo  
de tu ingratitude jactancia,  
siendo mi pasión tan rancia  
y nuestro amor tan antiguo?  
Sepa yo que no has querido  
matarme, y cual eres seas:  
¡habla, fugitivo Eneas,  
responde á tu triste Dido!  
No me hagas perder la calma  
pues que te hablo con dulzura,  
calma mi triste amargura  
y vuelve su paz al alma.  
Habla, que si así se empeña  
en callar tu obstinación,  
ó no tienes corazón  
ó será de bronce ó peña!

GARCIA. Eres la misma que huí  
por sus simplezas malditas;  
qué buscas, qué solicitas,  
qué es lo que quieres de mí?

GERT. Quiero que me digas ya  
como esposo, como amigo,  
por qué casaste conmigo  
si estabas casado allá!

GARCIA. ¿Pero qué dices, mujer?

GERT. Que no concibo tu infamia

y por crimen de bigamia  
te voy á mandar prender!

GARCIA. Válgate que no te entiendo  
y el Señor me dé paciencia;  
¿pues hay tal impertinencia  
como la que estoy oyendo?  
¿Cómo y cuándo me casé  
contigo?

GERT. Anoche, allí enfrente.

GARCIA. ¡Ya no hay duda, está demente!  
Cómo, si yo no lo sé!

GERT. ¿Lo niegas?

GARCIA. Claro!

GERT. Ah bergante!

Anoche...

GARCIA. Hay que convencerla.  
Anoche comí en la Perla.

GERT. Oye!

GARCIA. Y cené en el Brillante.

GERT. Anoche, falso traidor,  
pensaste cumplir sabiendo  
que yo me estaba muriendo  
segun decía el doctor.

Y entre el médico y el cura  
viendo el peligro de muerte,  
enlazaron nuestra suerte  
con tan feliz coyuntura.  
Mas tú, que ya claro entiendes  
que del peligro he salido  
y te contemplas perdido,  
hoy con negar te defiendes.  
Pero no te ha de valer  
tu subterfugio vulgar,  
y te voy á delatar  
como segunda mujer!

GARCIA. ¡Estás loca!

GERT. ¡Y tú estás pilló!

GARCIA. No me exasperes.

GERT. Sí quiero.

GARCIA. Si estás falta de dinero  
yo te abriré mi bolsillo.

GERT. ¡Casaste!

GARCIA. ¡Qué no!  
GERT. ¡Qué sí!  
GARCIA. Yo ayer noche, te lo juro,  
no he casado más que un duro  
á una sota, y lo perdí!  
GERT. ¡Niegas?  
GARCIA. ¡Niego!  
GERT. Vil, traidor!  
Don Lucas!  
LUCAS. (Dentro.) ¡Voy!  
GARCIA. Al demonio!  
GERT. Dé usted al punto testimonio  
de la verdad al señor.

### ESCENA VIII.

DICHOS, D. LÚCAS.

LUCAS. ¿Quién es el señor?  
GARCIA. Arpía,  
lo ves?  
GERT. ¿Eh?  
LUCAS. Quien es no sé.  
GARCIA. ¡Soy García!  
LUCAS. Quién, usted?  
¿Qué ha de ser usted García  
GARCIA. Yo le doy á alguien un palo!  
LUCAS. García! (Llamando á la puerta derecha.)  
GARCIA. Yo armo el gran trueno!  
Yo soy Juan García!  
LUCAS. Bueno!  
GARCIA. No señor, García Malo!  
GERT. ¿No se ha casado este ayer  
conmigo? (Á D. Lucas.)  
GARCIA. ¿Á ver?  
LUCAS. No señora.  
GERT. ¡Lo niegan todos ahora!  
GARCIA. Qué terquedad de mujer!  
GERT. ¿Con que no es este el marido  
que anoche me han regalado?  
GARCIA. ¡Antes me vea colgado!  
LUCAS. No señora, este no ha sido.



- y salvacion de la hija.
- GARCIA. ¡La hija!!
- LUCAS. Sí tal.
- GERT. Hija mia!
- GARCIA. ¡¡Mi hija vive?
- JUAN. Ah, que era aquella!
- GERT. ¡Pues si no fuera por ella,  
yo para qué te quería?  
Huérfana quedóse aquí  
y tus ojos no la vieron...
- GARCIA. Ah! por muerta me la dieron  
más de cuatro y lo creí.  
Por eso en plácida union  
viví con otra mujer  
de quien nunca logré ver  
un fruto de bendicion.
- GERT. Yo á tu mujer, fementido,  
le diré, que aquí otro fruto...
- GARCIA. Pues si me ves vestir luto,  
cómo pensar no has podido  
que mis afanes no hallaron  
recompensa?
- GERT. ¿Cómo?
- JUAN. Ah, no...
- GERT. Tu mujer...
- GARCIA. Poco há murió;  
mejor dicho, la mataron!  
Vuelta á España, en el camino  
le dió una sofocacion,  
y ya en Madrid, un bribon,  
un don Lúcas asesino,  
(D. Lúcas se esconde porque todos le miran.)  
la asistió estando yo ausente  
y no sé qué le daría...
- GERT. ¡Ay doctor del alma mia,  
es usted un hombre eminente! (Abrazándole.)
- LUCAS. Calle usted.
- GARCIA. Pero si al lado  
de ella había de ocultar  
á mi hija...
- GERT. Es claro; olvidar,  
y lo pasado pasado!

GARCIA. Hija encuentro...  
JUAN. Y que es tan bella  
como un ángel.  
LUCAS. Quién diría...  
JUAN. Reflejo fiel de la mia,  
que era un ángel como ella.  
GARCIA. Feliz yo si mis deslices  
purifico hoy mismo aquí.  
MARIA. Madre! (Dentro.)  
JUAN. ¡Es ella!  
GARCIA. ¿Es ella?  
GERT. Sí.  
JUAN. ¡Ya los voy á ver felices!

### ESCENA IX.

DICHOS, MARÍA.

Momentos de silencio. María adelanta.

MARIA. ¿Qué sucede?  
LUCAS. Ven, María.  
Tu padre al fin ha llegado.  
MARIA. No digan más, padre amado!  
(Abrazando á Garcia.)  
GARCIA. ¡Hija del alma, hija mia!  
GERT. ¿Le adivinaste?  
MARIA. Que intente  
disimular su emocion!  
GARCIA. ¡No!  
MARIA. La voz del corazon  
si no se oye, se presiente!  
GARCIA. Sí, yo soy tu padre, sí.  
GERT. Y la querrás...  
GARCIA. Por mi fé,  
juza tú si la querré  
cuando voy á unirme á tí!  
(Ap. á Gertrudis.)  
(Casémonos sin demora  
sin que la gente se entere.)  
GERT. (Á D. Juan ap.)  
(¡Esto hace un hombre que quiere!)

- JUAN. ¿En qué quedamos, señora?  
Usted en su obcecacion  
rara de justificarse,  
va usted á acabar por casarse  
con toda la poblacion!
- GERT. Es verdad, estoy casada!
- LUCAS. No, yo la boda fingí.
- GERT. ¿Usted?
- JUAN. ¡¿Usted?
- JUAN. Pues me quedo aqui  
y aqui no ha pasado nada!  
porque yo he contribuido...
- GERT. Huesped eterno ha de ser  
quien fué causa del placer  
de recobrar mi marido!
- MARIA. Oh, sí! Que al que puso tanto  
hay que premiar de algun modo!
- JUAN. (Al Doctor )  
Ve usted? Si despues de todo  
la vida tiene su encanto!  
Yo les miraré dichosos  
y ellos con dulce calor  
despertarán el amor  
de mis tiempos venturosos.  
Yo en la familia he de ser...
- MARIA. Oh, sí, de todos bendito.
- JUAN. Si lo que yo necesito  
es á quien á quien querer!  
Yo traigo mil y quinientos  
pesos de Cuba, hija mia, (Á Gertrudis.)  
sean dote de María  
y en paz, y todos contentos!
- GARCIA. Pues yo que con alma herida  
lloraba mi bien perdido  
al ver que Dios ha querido  
que acabe feliz mi vida,  
aquí cifraré mi bien  
pues así al cielo le plugo.  
(Á Gertrudis ap.) (Nada, apechugo, apechugo.)
- GERT. (Apechuguemos. Amen.)

## ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, SERAFIN, cargado ridículamente de objetos.

- SER. Aquí traigo el cuadernito,  
el paraguas y la gorra,  
el almidon, la cotorra,  
la cretona y el manguito.  
Ahí tiene usted la libreta  
que dá la Caja de Ahorros,  
aquí tiene usted los zorros,  
y aquí está la papeleta:  
y aquí tienes, prenda amada,  
cómo sirvo yo á tu madre...
- MARIA. Y aquí tienes á mi padre.
- SER. Qué! Pues no sabía nada!  
(Dejando caer al suelo todo.)
- GERT. Es el novio.
- MARIA. Nos amamos.
- JUAN. ¡Su novio! Ya! Esas tenemos?
- GERT. Y tú y yo les casaremos  
lo más pronto que podamos.
- GARCIA. ¿Será mi suerte maldita?  
acabo de conocerla,  
y cuando empiezo á quererla  
viene el novio y me la quita!
- MARIA. ¡No! que viviremos juntos.
- JUAN. ¡Todos juntos viviremos!...
- GERT. (De ocultis nos casaremos,  
que aún somos novios presuntos!)
- SER. El señor don Juan García  
ha sido tan esperado,  
que pues á España ha llegado  
debe darnos el gran día.
- LUCAS. Juan García el que aquí ves  
es la realidad de un sueño  
grato, y porvenir risueño  
de los dos!
- JUAN. ¡No, de los tres!
- MARIA. Juan García es lo que espera

GERT. quien invoca un santo nombre!  
Juan García no es un hombre!...

JUAN. Sí! Juan García es... cualquiera!  
*Juan García es... lo vulgar,*  
lo que no suele alcanzar  
oro, gloria ó valimiento;  
*la atraccion; el sentimiento...*  
*la necesidad de amar!...*

FIN DE LA COMEDIA .

1870  
1871  
1872  
1873  
1874  
1875  
1876  
1877  
1878  
1879  
1880

1881



## PUNTOS DE VENTA.

---

### MADRID.

En la librería de los Sres. *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9.

### PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la Galería ADMINISTRACION  
LIBRO-DRAMÁTICA.